

KARL MANNHEIM

ENSAYOS DE

SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA

HACIA UNA SOCIOLOGÍA DEL ESPÍRITU
EL PROBLEMA
DE LA «INTELLIGENTIA»
LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA CULTURA

Recopilados por
ERNEST MANNHEIM
en colaboración con
PAUL KECKSKEMETI

Nota preliminar de
JUAN ZARAGÜETA

Traducción del inglés por
MANUEL SUÁREZ



AGUILAR

MADRID - 1957

- b) *Los contactos continuos en el espacio y en el tiempo como las bases de las tradiciones concurrentes e históricas.* Los fenómenos de la continuidad; interrupción, regresión, tradición única y multilineal La sucesión de las generaciones, la estereotipia y las innovaciones
- c) *La contingencia de la dinámica.* La correlación entre el hermetismo de los grupos y la incidencia de períodos compactos de pensamiento. La importancia de la situación original.

B) LA TIPOLOGIA COMPARATIVA

Intento de elaborar las variaciones concretas de los procesos sociales elementales y de identificar sus variaciones correspondientes en el reino del pensamiento

C) LA SOCIOLOGIA DE LA INDIVIDUALIZACIÓN

I. *La génesis de las estructuras:*

- a) La correlación de las motivaciones sociales con las estructuras del pensamiento.
- b) La significación de las agrupaciones sociales para la génesis de los puntos de vista. La importancia de las situaciones estructuradas para la formación de los conceptos.
- II. *La dinámica de las estructuras.* El cambio social y su significación para la dinámica concreta del pensamiento.

SEGUNDA PARTE

EL PROBLEMA DE LA «INTELLIGENTSIA»

UN ESTUDIO DE SU PAPEL EN EL PASADO Y EN EL PRESENTE

I. EL AUTODESCUBRIMIENTO DE LOS GRUPOS SOCIALES

VIVIMOS en una época de creciente autoconciencia. No es una fe fundamentalmente nueva lo que distingue a nuestro tiempo de otros, sino la conciencia, y la preocupación por nosotros mismos, de que aumentan cada día. ¿Cuál es la naturaleza de esta conciencia contemporánea? El hombre de períodos anteriores vivía en una atmósfera de creencias, sin que nada le forzase a hacer inventario de sí mismo. Vivía sin preocuparse por saber cómo. Aceptaba la fe, el conocimiento y la actividad como nosotros aceptamos la vida misma. El hombre de épocas anteriores vivía fuera del tiempo y sin la necesidad de reflexionar sobre las condiciones de su existencia. Para nosotros, la articulación ha llegado a ser esencial. Necesitamos definir no sólo lo conocido, sino también lo desconocido. La necesidad de

pensar, naturalmente, no es nueva; pero el objetivo anterior del pensamiento era la afirmación de sí mismo y el establecimiento de la confianza, y era en esta busca de la seguridad donde el hombre se aceptaba a sí mismo, así como a sus creencias, incondicionalmente.

La tendencia del pensamiento moderno va en otra dirección. Su objetivo no es la seguridad ni la reconciliación con las condiciones de vida dadas. La persona cuyas circunstancias cambian no se percibe a sí misma en términos fijos ni definitivos (1). Su concepción no puede hacerse sólida nunca, pues salta fuera de cualquier marco antes de que pueda cristalizar finalmente en torno a una imagen bien formada del mundo. Tampoco la confianza inquebrantable en sí mismo es un ideal de hoy. El bastarse a sí mismo es un ideal que corresponde a una sociedad de suelo fijo, mientras que el tipo representativo de nuestra época tiene las características de un Proteo, que perennemente se trasciende y se reconstruye a sí mismo, y cuyos principales móviles son la renovación y la reforma.

El individuo que se ajustaba al molde medieval sólo tenía que volver a vivir un papel establecido ya hacía mucho tiempo. El nuevo tipo de ser humano, que se formó, al principio, en versiones únicas, por la disolución de la perspectiva compacta de la Edad Media, es un indagador perenne de nuevos horizontes. Pretende atisbar lo que hay detrás de cada verdad nueva y en este proceso descubre, una y otra vez, la naturaleza extraña de las situaciones particulares. Mientras que el tipo estacionario acepta cada condición como en un orden eterno de existencia, el buscador dinámico dispersa los falsos absolutos y se absorbe deliberadamente en el campo finito y condicionado de las cosas. Pero cuando se aventura más allá del área de una concepción del mundo establecida, tiene que hacer frente a cada paso al eterno problema: ¿cómo puede el que es

(1) Solemos observar, de cuando en cuando, reacciones colectivas contra el cambio social por parte de aquellos cuya situación en la vida ha llegado a ser fija; pero no forman una característica representativa de nuestra sociedad industrial.

consciente de su propia existencia condicionada alcanzar y llevar a cabo decisiones no condicionadas?

Por diferentes que sean los hombres en diversas épocas, se plantean siempre cuestiones similares con respecto a sí mismos: necesitan saber qué pensar sobre sí para actuar. Alguna concepción del mundo y del yo, aunque no sea expresada casi, acompaña a cada movimiento que hacemos. La pregunta '¿Qué somos?' ha sido siempre hecha, pero siempre también las cuestiones semejantes se han presentado a través del medio de los diferentes objetos. El hombre difícilmente se pregunta nunca por sí mismo, a menos de que se vea enfrentado con cosas o situaciones. Si alguien me pregunta quién soy y qué soy, me vería en un aprieto para responder; lo que no ocurre si se me pregunta qué soy a los ojos de A o a los de B. Nos comprendemos a nosotros mismos, en primer lugar, a través de la visión de los otros. Sin embargo, la pregunta decisiva es: ¿quién es el otro en cuya perspectiva nos vemos?

Lo que es verdad para los individuos se aplica casi idénticamente a los grupos. Estos también tienen un "yo reflejado", para usar el expresivo término de Cooley. La historia de las autointerpretaciones colectivas, que no es el objeto de este ensayo, es en cierto sentido la evolución de la conciencia, y cada fase de este desarrollo está caracterizada por la naturaleza de aquellos otros en cuyas imágenes los hombres se contemplan a sí mismos. El más largo de esos períodos se caracterizó por los esfuerzos del hombre para comprenderse *vis-à-vis* de un Dios personal, relación que varió desde la situación señor-siervo hasta la del padre y el hijo. Cada una de esas correlaciones expresaba un paradigma social existente y una serie de normas efectivas cuya custodia definitiva descansaba en un Dios personal.

La declinación de esta concepción unitaria del mundo, que poseía la Edad Media, señala el comienzo de una prolongada búsqueda de un nuevo guardián para las normas nuevas. Después de varias soluciones intermedias, la Ilustración consiguió el nuevo garantizador del orden nuevo: la razón. De un modo retrospectivo, podemos calificar a

las normas intemporales de la razón como las reglas del orden de la libre competencia de la burguesía. Sin embargo, no se debería considerar los límites de este orden de un modo tan preciso, pues en él están incluidas las cortes de los príncipes absolutos y la burocracia, más recientemente constituida.

El absoluto siguiente surgió después de la derrota de la Revolución francesa y de la subsiguiente Restauración: la "historia". Por medio de la deificación de la historia, los adversarios de las revoluciones de la burguesía pudieron probar que la razón absoluta, que fué entronizada por esas revoluciones, era simplemente una de las posibles variantes de la razón y que todas esas variantes son creaciones de la historia. No es ésta la ocasión para mostrar cómo, en esta acción de retaguardia, la filosofía del racionalismo abandonó sus pretensiones absolutas y admitió su carácter temporal, ni cómo se retiró a una concepción más abstracta y formal de la razón. Pero ni siquiera en esta versión formalista y secundaria pudo el racionalismo mantener su terreno contra la aparición de afirmaciones nuevas y esenciales.

Cuando la misma razón resulta ser una función de la historia, las bases de la autointerpretación se modifican otra vez. Ningún punto de vista pudo ser defendido ya por su racionalidad intrínseca, pues sólo la historia podía legitimar—o invalidar—una pretensión política. Resultaba más deseable estar al lado del *Weltgeist* (2), o ser el exponente de la próxima fase de la historia, que ser un profeta de verdades eternas. El pragmatismo histórico fué preferido a la revelación. Algunos quisieron identificar su punto de vista con el veredicto final de la historia, mientras que otros prefirieron ser confirmados por la etapa inmediata. Entre las formulaciones notables, podemos citar: "Cada época está más cerca de Dios", "La historia del mundo es el tribunal del mundo" e, incluso, más mordazmente: "Dios

se pone al lado de los batallones más fuertes". Estas expresiones de autovindicación histórica, viniendo como vienen de Ranke, Hegel y del materialismo histórico, pertenecen todas al pragmatismo histórico.

El terreno en el que los hombres debían comprenderse y afirmarse se modificó, una vez más, cuando el argumento histórico cedió el paso al sociológico.

La interpretación sociológica desplazó a la histórica en virtud de su problemática más fundamental. ¿Quién efectúa ese trabajo, ese cambio perpetuo, que crea normas nuevas y deroga las antiguas? ¿De quién se dice la historia? Realmente, después de pensarlo bien, debe quedar claro que la palabra "cambio" sólo puede tener significado como predicado de una oración que establece que algo cambia. Cuando la historia se utiliza como sujeto, se convierte en una entidad mítica e incomprensible, que ocupa el lugar vacante del Dios creador. Aunque algunos filósofos de la historia se ocupan todavía de la naturaleza de la historicidad, el verbalismo oscuro de la cosecha posthegeliana ha cedido el paso a una corriente de pensamiento que puede ser resumida en los sencillos postulados siguientes:

a) Los hombres son los autores reales del cambio, no la historia.

b) Las variaciones del "intelecto" son las mutaciones del espíritu humano.

c) No cambia el espíritu del individuo aislado, sino las percepciones de las personas asociadas.

d) La historia del espíritu humano expresa las consecutivas tensiones y ajustes de los grupos.

Ya no tratamos con substitutos verbales, sino con las acciones observadas y con las perplejidades periódicas del hombre. Así, el terreno de la autointerpretación del hombre se ha modificado una vez más. Ya no se ve a sí mismo en el espejo de un Dios personal, la razón, la historia o el *Weltgeist*, sino en la perspectiva de sus cometidos sociales. Ahora bien, se puede preguntar: ¿no será este panorama sociológico otra concepción transitoria, que debe ser sustituida por otras mejores? Es posible; pero hasta aquí, ningún

(2) Espíritu de la época. (*N. del T.*)

otro método ha superado al sociológico, ni ningún ensayo ha resultado más fundamental. No podemos dejar de advertir que, en la sucesión de los esfuerzos interpretativos, cada uno de ellos es más comprensivo que el anterior y más fundamental, y que cada nueva solución contiene y resuelve a la anterior. Esto es más cierto en el esquema sociológico de referencia que en cualquier otro; tanto es así que, dondequiera que la discusión es libre y abierta, la sociología ha llegado a ser el terreno inevitable de autovalorización lo mismo de radicales que de moderados y conservadores. Hoy en día, el que sea incapaz de conseguir una comprensión sociológica e histórica de sí mismo, no podrá orientarse en el presente estado de cosas. Dos observaciones ulteriores nos parece que deben seguir a ésta.

A) En cada época, los hombres llegan a alguna forma de estimación de sí mismos que es más o menos adecuada al dominio de sus circunstancias. Por lo general, son los 'adelantados' pioneros individuales los que adaptan primero sus concepciones a la situación modificada, con el fin de restablecer algún grado de compatibilidad entre sus acciones y sus pensamientos. Gradualmente, los otros, que al principio se resistían a adoptar los nuevos puntos de vista, siguen el ejemplo cuando su situación cambia también.

B) No debemos ver un signo de decadencia en el desplazamiento gradual del anterior rasgo de la personalidad, de satisfacción a todo trance, por el rasgo más nuevo de autocritica, de autorrevisión y de adaptabilidad. Las características nuevas se desarrollan como respuestas a un mundo cada vez más dinámico, que ha hecho aparecer una forma de vida urbana al lado de la vida rural; un hombre industrial, al lado del campesino, y un burócrata, al lado de un feudal. El 'adelantado' se ha convertido en la figura central de esta transformación, pues la ha aceptado tal

(3) Véase a este respecto las observaciones de David Riseman sobre la desaparición de las motivaciones tradicionales, y la aparición consecutiva del carácter "internamente dirigido" y del "dirigido por otro". *The Lonely Crowd*, New Haven, 1950.

y como es, y está siempre dispuesto a revisar su posición ante el orden que cambia (3). En este esfuerzo, la sociología resulta un instrumento superior, porque sus hipótesis de trabajo dejan menos hechos fuera del análisis y se ajustan más a los hechos y a las circunstancias que otros. La hipótesis de un mundo regido por un gobernante vengativo era adecuada para una situación en la que la naturaleza producía lo esencial para la vida. El tener que depender de los caprichos de la lluvia y del viento es expresado adecuadamente por una *Weltanschauung* (4) en la que el destino o un Dios implacable es lo más fundamental. La agricultura es una de las primeras ocupaciones en las que la tecnología empieza a desplazar al destino. El cambio, desde el palo que sirve para arar hasta el tractor moderno, va señalando una disminución acelerada del dominio de lo impredecible, y, en el desarrollo de este desplazamiento, el supuesto de una voluntad inescrutable y omnipresente irá perdiendo su importancia en un creciente número de situaciones. En este nuevo estado de cosas, una sinopsis que reconciliara el pensamiento del hombre sobre el universo con las perplejidades crónicas de aquél, no se ajusta ya a lo necesario. A esas alturas, el campesino prefiere un plan de acción detallado que se basa en una concepción tranquilizadora del cosmos.

Los criterios de la estimación adecuada de sí mismo cambian de una manera similar en el campo de la organización social. Una sinopsis general que armonice el pensamiento con la conducta social es adecuada para una sociedad relativamente estable y estructurada simplemente. Mientras que las relaciones sociales del hombre son, principalmente, de orden primario, en el que la conformidad, la obediencia y la práctica de la reciprocidad aseguran el funcionamiento de la sociedad, la hipótesis de un plan preordenado representa el óptimo asequible de una orientación ética. Pero una sociedad en transformación y una población densa y especializada no puede funcionar sin un plan de trabajo,

(4) Concepción del mundo. (N. del T.)

comprendido al menos por algunos, que sea capaz de explicar y regular los menores detalles de los cometidos necesarios. Si hoy en día nos preguntamos quiénes y qué somos, lo hacemos para volver a descubrir nuestra situación en el orden social existente.

Nuestra época se caracteriza no sólo por una creciente conciencia de nosotros mismos, sino también por nuestra capacidad para determinar la naturaleza concreta de esa conciencia: vivimos en una época de consciente existencia *social*. Este proceso de autoclarificación empezó por abajo. Sin duda, la burguesía tuvo pronto, en su historia, alguna especie de orientación sociológica y, en cierto sentido, podemos distinguir discernimiento sociológico en el pensamiento político del patriciado que dirigió las ciudades-estados del Renacimiento. Podemos decir lo mismo de las cancillerías regias de los estados territoriales, y nadie puede ignorar, en esta relación, la importancia sociológica de ciertos autores del período de la Restauración, como de Maistre. Pero el punto de vista sociológico llegó a ser omnicomprendivo solamente en el pensamiento del proletariado. El proletariado fué el primer grupo que intentó una estimación de sí mismo con consistencia sociológica y que adquirió una conciencia de clase sistemática.

Pero la conciencia social ya no es privilegio del proletariado; la encontramos también en otras clases, y se desarrolla, cada vez más, en cada agrupación que podemos distinguir, incluyendo las que se crean por las diferencias de edades o de sexos.

¿Cuál es, entonces, el origen característico de la conciencia de grupo? La cosa empieza en los grupos que están intentando hacer balance de su posición en una situación nueva. Las mujeres, por ejemplo, son, relativamente, unas recién llegadas a la familia de semejantes grupos. No es un mero accidente ni un capricho que las indagaciones que se refieren a la naturaleza y posición de las mujeres, jóvenes ancianas y maduras, hayan proliferado en mayor número que en ningún otro tiempo anterior. Cada uno de esos grupos, que empezaban a tomar conciencia de sí, tenían que

volver a definir su puesto en la sociedad; pero, en este esfuerzo, se veían forzados no sólo a hacer balance de sí mismos, sino también a competir críticamente con una serie de interpretaciones ya elaboradas. Antes, las mujeres solían aceptar la definición masculina de su papel en la sociedad; más aún: las mujeres solían verse a sí mismas tal y como los hombres las veían. El darse cuenta de este hecho señala el principio de la conciencia femenina de grupo. Una definición colectiva, como la interpretación colectiva de la femineidad, no es simplemente una hipótesis, una teoría reemplazable; es, más bien, una fuente de hábitos y acciones colectivas. Por consiguiente, cuando un grupo revisa la definición que de él ha elaborado otro grupo, empieza por revisar las relaciones que mantiene con ese otro grupo. Sólo tenemos que recordar *Casa de muñecas*, de Ibsen, que por primera vez en la literatura moderna presenta el choque de las dos concepciones de la femineidad. Una autoestimación nueva, como a la que llega Nora en el drama de Ibsen, raramente tiene éxito si no es confirmada por individuos análogamente situados y animados por análogos propósitos.

Lo mismo ocurre, *mutatis mutandis*, con la juventud alemana. Ha producido multitud de teorías filosóficas, todas las cuales reaccionaban contra una concepción vigente de la juventud elaborada por una generación anterior. En esas versiones anteriores, la juventud fué definida asignándole un papel solamente derivado, como un estado preliminar, de la madurez. Esto es precisamente lo que las diversas proclamaciones de los jóvenes atacaban, afirmando el valor autónomo de ser joven. El impulso social de este movimiento provino de la Revolución Industrial, que ofreció oportunidades sin precedentes a los hombres jóvenes, adaptables, que fueron preferidos a los hombres más viejos, con opiniones fijas y hábitos antiguos de trabajo. En una sociedad estable de campesinos y artesanos, los guardianes de la tradición, la madurez y la edad son los intérpretes públicos del orden social que construyen en beneficio propio, mientras que una sociedad industrial establece una prima cre-

ciente en favor de la juventud y rebaja el valor vigente de la sabiduría acumulada (5). (Sería interesante explorar el problema de si la utilidad declinante de los grupos de más edad socava necesariamente su papel ideológico. Para resolverlo tendríamos que averiguar qué constelaciones acrecientan el marco social de las generaciones más viejas y, recíprocamente, qué situaciones favorecen a las jóvenes. La dinámica de la Revolución Industrial es sólo uno de los diversos factores.)

La conciencia social no coincide siempre con el ascenso de los grupos, pues la reacción consciente al cambio social es un fenómeno moderno. Esta es, como hemos subrayado ya, característica de todas las capas sociales y no sólo del

(5) Permítaseme citar una interesante observación de Max Weber que se refiere al problema: "La edad es originalmente la base del honor. Los ancianos, aparte de su experiencia y del prestigio que ésta confiere, poseen, inevitablemente, un "status" en las comunidades que, para todos los efectos, están exclusivamente orientadas hacia la tradición, la convención y el derecho consuetudinario o sagrado. Como los ancianos conocen la tradición, son los árbitros más eficaces en las disputas, y sus recomendaciones, su prudencia, su permiso o sus sanciones trasnochadas se consideraran como garantías de que las decisiones tomadas son correctas, *vis-à-vis* de los poderes sobrenaturales. Entre las personas de posición económica similar, los más viejos son simplemente los que tienen más años en la comunidad familiar, el clan o la vecindad. El prestigio relativo de la edad, como tal, varía considerablemente. Donde el alimento es escaso, aquellos que sobrepasan la edad de la capacidad física son considerados como una carga. Las guerras crónicas debilitan la posición del viejo respecto a la de aquellos que están en edad militar, y con frecuencia estimulan un *consensus* democrático de los jóvenes frente al prestigio de los viejos. Esto ocurre también en períodos de cambios económicos y políticos de carácter revolucionario, sean pacíficos o violentos, y también en períodos de debilitamiento de las restricciones religiosas en los que las tradiciones sagradas están en descenso. Por el contrario, la edad conserva una alta estimación dondequiera que la tradición sigue teniendo fuerza vital y la experiencia sea un valor real." Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, 1.^a ed., pág. 609, Tübingen, 1922. Véase también las observaciones de Kingsley Davis sobre la situación del joven del Oeste: "The Sociology of Parent-Youth Conflict", *American Sociological Review*, agosto 1940, págs. 523-535.

proletariado, aunque la conciencia de sí mismo de éste fuera la primera y más aguda de dichas manifestaciones. El hecho de que tales aspiraciones tengan éxito sólo en nuestro tiempo puede atribuirse a varias circunstancias, pero es evidente que, mientras un grupo esté dominado por otro, acepta y vive el papel que se le ha impuesto como una cosa natural.

Dos factores hacen posible tal conciencia social de sí mismo. Primero, la sociedad contemporánea ha desarrollado una gran variedad de ajustes automáticos que ocupan el lugar del poder coercitivo, como el garantizador de la supra y de la subordinación (6). Segundo: la sociedad contemporánea ha asumido una larga parte de la regulación educativa y disciplinaria que solían ejercer los grupos primarios y las organizaciones comunales.

Volvamos al primer factor. Si nos preguntamos por qué los conflictos de clase de la antigüedad y el antagonismo posterior entre maestros y artesanos no originaron conciencia de clase, tendremos que considerar las circunstancias que dieron lugar, en la sociedad industrial, a la aparición del trabajador libre y a la libre asociación contractual.

El éxito en el mercado de la libre competencia exige la conciencia continua del cambio social. La adaptación necesaria a las variaciones requiere respuestas inmediatas y juicios independientes, libres de ilusiones convencionales o mitológicas. El individuo que debe vivir de sus juicios y aprovechar sus oportunidades cuando se presentan, ya no se siente encerrado en un modo de vida prescrito. El efecto inmediato de este nuevo estado de cosas es una racionalidad creciente, primero en la conducta económica, luego en determinadas situaciones derivadas de ella y, finalmente, en la

(6) David Riesman describe una etapa avanzada del proceso que cristaliza en una multitud de grupos de presión mutuamente compensados, *vero groups*, como él los llama, "cada uno de los cuales ha luchado y finalmente conseguido, por el poder de detectar las cosas que son perceptiblemente hostiles para sus propios intereses y de iniciar también cosas, dentro de límites bastante más estrechos." *The Lonely Crowd*, Garden City, N. Y., 1953, página 247.

concepción de los intereses propios de cada uno. Esas situaciones enseñan a los hombres a orientarse por sus propios puntos de vista y a no tener en cuenta las ideologías tradicionales, acuñadas por los extraños. Este es el primer paso hacia la conciencia social de sí mismo. Primero, se des- arrolla individualmente, pero toma, después, un carácter colectivo cuando los individuos situados análogamente des- cubren los elementos comunes de sus posiciones y llegan a una definición común de su papel en la sociedad. La ideología de grupo que resulta de ese proceso se forma sin tener en cuenta los sentimientos tradicionales relacionados con la sangre, lazos regionales u honor de casta.

El segundo factor que favorece la conciencia de grupo es la práctica moderna de educar a la persona en una atmósfera socialmente neutra, cuya ausencia en el tipo tradicional de educación impedía la aparición de una orientación de grupo nueva e independiente. Ha sido subrayado con frecuencia que el 'compañero' no podía adquirir una conciencia de clase propia, ni siquiera en los tiempos de su decadencia económica, mientras viviese con la familia de su maestro. Esta situación primaria de grupo común, entre maestros y 'compañeros' o aprendices, perpetuaba la lealtad de los últimos al gremio y sus esperanzas de alcanzar el rango de maestros de oficio. Esta misma situación obstaculizaba la aparición del resentimiento de clase que más tarde llevó al proletariado a su concepción de la sociedad centrada en su clase. La evolución de la conciencia de grupo femenina presenta analogías claras. Empezó en el mismo momento en que las mujeres comenzaron a tener vocaciones profesionales e hicieron de la situación de competencia del mercado la base de sus carreras. Esto señala el principio del conflicto entre la interpretación tradicional y patriarcal del papel femenino por un lado, y la opinión que las mujeres trabajadoras formaron de sí mismas, por otro.

Resumamos los argumentos presentados hasta ahora.

1. Las ideologías coexisten en correlación antagónica. La forma más radical de este antagonismo consiste en los

supuestos inexpressados y en la sugestiva trabazón de pensamiento con los que los grupos dominantes impiden la autoconciencia independiente de las capas sociales subordinadas. Puesto que estos últimos grupos no encuentran una salida adecuada para sus impulsos sociales, recurren, por lo general, a la represión y a la sublimación, utilizando la terminología de Freud, mientras que los que dominan son tanto más libres cuanto más capaces sean de reaccionar de acuerdo con su propia concepción de sí mismos. Esto es también característico del estado de cosas entre hombres y mujeres, puesto que una sociedad de dominio masculino concede a los hombres un gran margen de libertad de expresión, en tanto que limita la conducta de la mujer al precepto más rígido de la decencia femenina. La dominación masculina de la expresión femenina no debe confundirse con la proposición, más general, de que no se puede vivir en grupo sin algunas medidas de inhibición. El problema que aquí se debate es si un grupo puede crear sus propias inhibiciones o si debe aceptarlas de los otros.

2. Una tendencia importante de la sociedad moderna (sobre la que se insistirá más en el siguiente ensayo sobre la *Democratización*) puede verse en el hecho de que cada grupo tiende a desarrollar su propia perspectiva y a sentirse independiente de la interpretación pública del orden existente.

3. Esta es también la razón del fenómeno, bien conocido, pero no explicado, de que la democratización, en su primera etapa, no produzca la igualdad ni una mentalidad igualitaria universal, sino que acentúe las divergencias entre los grupos. Realmente, estamos siendo testigos de un auge continuo del nacionalismo, y no de cosmopolitismo (7).

(7) El proceso demográfico ocasionó esta misma manifestación ya en la baja Edad Media. Lo demuestra el desarrollo de los estilos regionales en Baviera, Suabia, Franconia y otras provincias. Debió alude justamente a las raíces sociales de este desarrollo (sin adoptar, sin embargo, el punto de vista sociológico), como sigue: "Después de las corrientes internacionales que predominaron en el siglo XIV, nos sorprende el siglo XV, como un siglo eminentemente alemán... Esto se debió a que las raíces del

El proceso democrático, que aumenta la capacidad general para la autodeterminación, integra primariamente al pueblo en situaciones análogas y despierta una conciencia específica, a escala nacional, antes de que la conciencia de grupo se extienda hasta su dimensión global. El nacionalismo es, en este sentido, un fenómeno paralelo al del feminismo y al del movimiento juvenil alemán.

2. CONTORNOS DE UNA TEORÍA SOCIOLOGICA DE LA "INTELLIGENTISIA"

El nacimiento de la "intelligentsia" señala la última fase del crecimiento de la conciencia social. La "intelligentsia" fué el último grupo que adquirió el punto de vista sociológico, pues su posición en la división social del trabajo no le proporciona un acceso directo a ningún segmento vital ni funcional de la sociedad. El claustro del estudio y el tener que depender de la realidad impresa en los libros sólo permiten una visión derivada del proceso social. No hay que extrañarse de que esta capa social permaneciese largo tiempo sin darse cuenta del carácter social del cambio. Y los que llegaron, finalmente, a ser sensibles al latido social del tiempo encontraron el camino hacia la estimación sociológica de su propia posición bloqueado por el proletariado.

arte atravesaron capas intactas hasta entonces. El arte llegó a ser más nacional porque se hizo más popular: éste es el doble significado de su creciente *popularidad*. Nuestra observación inicial de que el siglo xv fué un siglo eminentemente alemán debe ser perfeccionada por una segunda observación: fué el siglo del *tercer estado*. Los burgueses le imprimieron su impulso y sus normas, en marcado contraste con el arte aristocrático y universal del período culminante de la Edad Media" G. Dehio, *Geschichte der deutschen Kunst*, segunda ed., Berlín-Leipzig, 1923, volumen II, pág. 132. La segunda etapa del proceso democrático, que empezó en la época de la Revolución francesa, y el fin del resucitado feudalismo de los estados territoriales, coincide otra vez con el nacionalismo como fuerza importante de integración, en contraste con el cosmopolitismo puramente ideológico de la Ilustración. El nacionalismo en esta nueva fase se amplía de lo regional a lo nacional, en sus aspectos cultural y político, a la vez.

Esto no fué un accidente, ni ocurrió intencionadamente. El proletariado había ya perfeccionado su propia concepción del mundo cuando aquellos recién llegados aparecieron en la escena, y aquella concepción del mundo tuvo el mismo efecto hipnótico que tenían las ideologías primitivas que los grupos dominantes solían imponer a las capas sociales subordinadas. Fué completamente natural que el proletariado se situase en el centro de su concepción del mundo. Todos los grupos que buscan una orientación social, pretenden, en primer lugar, una interpretación de la sociedad en la que aparecen sobrestimados, y esta parcialidad sólo se corrige en un nivel más alto de reflexividad, un nivel al que nos acercamos por medio de la Sociología del conocimiento. Las capas sociales subsecuentes, por tanto, tuvieron que llegar a contender con la ideología atrincherada del proletariado antes de que pudieran comprenderse a sí mismas. Este proceso es paralelo a la emancipación previa del proletariado de las ideologías que anteriormente impedieron su conciencia de clase. Cuando los grupos dispersos de la "intelligentsia" se dedicaron a buscar su importancia sociológica, empezaron a interpretarse en el esquema que el proletariado había desarrollado para sí. Esto explica el bajón repentino que sufrió la estimación de sí misma de la "intelligentsia"; su anterior orgullo fué reemplazado por la abyección.

La arrogancia anterior del intelectual se explica parcialmente por el hecho de que, mientras que fué el único intérprete autorizado del mundo, podía pretender un papel importante en él, aunque actuase casi siempre al servicio de otras capas sociales. La historia de la "intelligentsia" está llena de ejemplos de la alta opinión que tenía de sí misma, desde la majestuosidad de las castas sacerdotales y sus rivales los profetas, pasando por los laureles poéticos de los humanistas, hasta los visionarios históricos de la Ilustración y los filósofos románticos que pronunciaban los veredictos del *Weltgeist*. Verdaderamente, conocemos la larga lucha ascensional que elevó a los escultores, arquitectos y pintores, desde las filas de los artesanos y siervos

hasta la posición respetable de artistas que alcanzaron, ampliamente, en la baja Edad Media y en el Renacimiento. Sin embargo, ellos fueron la excepción. Lo mismo que algunos pintores, por alto que colocasen a sus patronos, no olvidaban representarse a sí mismos en algún rincón de un cuadro alegórico, se reservaron los filósofos, también, un nicho preferido en su *Weltanschauung*. Sin embargo, la fe del bracamán sabio en su propia misión dura sólo el tiempo que retiene la llave de los secretos del universo, el tiempo en que constituye el órgano para pensar de otras capas sociales. Su presuntuosidad termina cuando se encuentra con la imperativa concepción del mundo de otro grupo. La abyección de algunos intelectuales independientes modernos procede del sentimiento de impotencia que los subyuga cuando ellos, los magos de los conceptos y los reyes de la ideación, son conminados para que establezcan su identidad social. Descubren que no tienen ninguna, y llegan a ser vivamente conscientes de ello.

Tenemos que reconocer la impresionante solidez con que el proletariado volvió a interpretar el universo social. Se debe preguntar, por otro lado, hasta qué punto esta concepción nueva ha forzado una autoestimación extraña e inadecuada de la "intelligentisia.". Revisemos el aparato conceptual del fundador del materialismo histórico tal y como lo construyó para las necesidades de una clase social.

A) ¿Cuál es el eje de la sociología del proletariado? Es una sociología de clase y opera solamente con una categoría sociológica: la clase. Dentro de este estrecho esquema de referencia, un fenómeno es o clasista o no clasista. Esta técnica de prejuizar un sujeto ha sido empleada, a menudo, anteriormente, con el fin de minar la seguridad en sí mismo del oponente, enfrentándole con una alternativa ante la cual no puede afirmarse a sí mismo. Utilicemos una analogía: una mujer que está acostumbrada a verse en la alternativa de mujer de su casa o prostituta, será incapaz de asociarse a sí misma con cualquiera de los demás papeles que el movimiento de emancipación de la mujer la permite desempeñar en la sociedad.

Este es uno de los métodos más sublimados, pero también más carentes de resentimiento, de formarse una ideología. No es una estrategia calculada. Confunde al oponente sólo porque brota de una afirmación de sí mismo agresiva e irreflexiva. El proletariado a su vez tuvo que ser el objeto pasivo de este mismo método de dominio ideológico. Y así los intelectuales, sin experiencia en el pensamiento sociológico, tienen que llegar a hacer frente a la alternativa clasista o no clasista, para descubrir su propia nulidad; pues desde el momento en que no constituyen ninguna clase, con seguridad tienen que ser una no-identidad social.

Esta pérdida brusca de certidumbre en sí mismos toma dos directrices típicas.

La primera fué la elección de aquellos intelectuales que se unieron a los partidos de la clase obrera. No fué una alianza entre iguales, sino con la buena voluntad de eliminarse a sí mismos para desempeñar el papel de funcionarios del proletariado, de la misma manera, precisamente que algunos de sus predecesores habían defendido la causa de anteriores clases dominantes.

La segunda directriz puede ejemplarizarse, con toda claridad, con Scheeler. Sin vacilar, adoptó las revalorizaciones más radicales de su tiempo y, como guiado por un demonio, marchó desde una filosofía religiosa e histórica hacia una orientación sociológica. Habiendo experimentado el impacto de las fuerzas sociales sobre el pensamiento, cayó bajo el hechizo de un nihilismo intelectual, y cerca del fin de su vida meditaba un libro sobre "La impotencia del espíritu".

El pensamiento sociológico no conduce necesariamente a la "intelligentisia" al derrotismo y a la subestimación. Un hombre, simplemente, tiene que estar dispuesto a abandonar las interpretaciones que le han sido impuestas y a pensar desde su propio punto de vista—como debe hacer hoy todo grupo—para encontrar su puesto en el cambiante orden de cosas; se pueden formar alianzas políticas, pero con la conciencia de la propia posición de cada uno.

Debería haber quedado claro que la "intelligentisia" no es, de ninguna manera, una clase, que no puede formar un partido (8) y que es incapaz de una acción concertada. Tales intentos estaban destinados al fracaso, pues la acción política depende, en primer lugar, de los intereses comunes de los que la "intelligentisia" carece en mayor grado que cualquier otro grupo. Nada está más lejos de este grupo que la mentalidad monolítica y la cohesión. Un funcionario del Gobierno, un agitador político o un escritor descontento de tipo radical, un clérigo y un ingeniero tienen pocos intereses tangibles en común. Hay una afinidad más estrecha entre el escritor "proletario" y el proletariado que entre el resto de los tipos de intelectual que hemos mencionado. Por otro lado, es de general conocimiento que el intelectual que ha renegado de su clase, hijo de burgueses o de aristócratas, reacciona de forma diferente que otros miembros de su propia capa. socialmente menos móviles. Además de sus propios y diversos intereses de clase, los intelectuales presentan, por su situación vocacional, una motivación especial y una actitud particular que el sociólogo no puede dejar de ver.

La "intelligentisia" es una capa social intersticial, y la sociología proletaria, centrada como está en torno a los conceptos de clase y de partido, no podía asignar a este conglomerado sin clase más papel que el de satélite de una u otra de las clases y partidos existentes. Tal concepción, naturalmente, no descubre las motivaciones peculiares del intelectual y es capaz de paralizar la estimación de sí mismo de éste. Es muy comprensible que el político haga poco uso de las peculiaridades de semejantes existencias políticamente sin definir, pues trata con cosas perfiladas que unen o dividen a la gente. Sólo es capaz de pensar en términos políticos e ignora a las agrupaciones políticamente

(8) Para una información sobre tales intentos en Francia, véanse H. Platz, *Geistige Kämpfe im modernen Frankreich*, Munich, 1922, particularmente cap. VII; también E. R. Curtius, *Der Syndikalismus der geistigen Arbeiter in Frankreich*, y V. Hüber, *Die Organisierung der Intelligenz*, Leipzig, 3.^a ed., 1910.

sin importancia. Pero el sociólogo, por el contrario, es un diagnosticador de los fenómenos sociales y su oficio es el de diferenciar.

Se pueden resumir las características esenciales de esta capa social como sigue. Es un conglomerado entre, pero no sobre, las clases. El miembro individual de la "intelligentisia" puede tener, y con frecuencia tiene, una orientación particular de clase y, en conflictos reales, puede alinearse con uno u otro partido político. Además, sus elecciones individuales pueden tener la consistencia y las características de una posición de clase perfilada. Pero, además de por esas afiliaciones, es impulsado por el hecho de que su educación le ha preparado para enfrentarse con los problemas cotidianos desde varias perspectivas y no sólo desde una, como hacen la mayoría de los que participan en las controversias de su tiempo. Decimos que está *preparado* para enfrentarse con los problemas de su tiempo desde más perspectivas que una, aunque, en casos aislados, puede actuar como un partidista y alinearse con una clase. Su preparación adquirida le hace, potencialmente, más instable que otros individuos. Puede cambiar más fácilmente su punto de vista y está menos rígidamente entregado a uno de los bandos en lucha, pues es capaz de experimentar, a la vez, varias aproximaciones en conflicto a la misma cosa. Esta propensión puede, ocasionalmente, chocar con los intereses de clase de la persona en que se da. Este estar expuesto a las variadas facetas de un mismo acontecimiento, y su mayor facilidad para llegar a otras y diversas estimaciones de cada situación, hacen que el intelectual se sienta como en su casa dentro de un área mayor de la sociedad polarizada; pero también hacen de él un aliado menos digno de confianza que la persona cuyas elecciones descansan sobre una colección más reducida de las muchas facetas en las que la realidad se presenta. Como problema de experiencia política, los intelectuales son atraídos, con menos frecuencia, a votar la candidatura exacta y a sostener la misma posición que votaron o sostuvieron siempre, o que sus padres solían votar o sostener.

No podemos explicarnos esas cosas si aceptamos las simplificaciones propias del funcionamiento del partido o de una sociología de clase y, sin embargo, una conciencia común de estos hechos, al parecer fugaces, queda indicada por la distinción acostumbrada entre el "culto" y el "inculto". La persona media percibe una diferencia y distancia social tan grandes entre estas dos categorías como las que percibe entre los ricos y los pobres o entre los patronos y los asalariados. Esto es también perfectamente expresado por la autoconciencia incomparablemente mayor con que la gente siente su falta de cultura que su falta de medios. Tales diferencias no llegan a ser evidentes en un esquema de referencia sociológica centrado en la clase.

Recalquemos aquí que los intelectuales no forman una capa social por encima de las clases ni están, de ninguna manera, mejor dotados que otros grupos con la capacidad para superar sus propias vinculaciones de clase. En mi anterior análisis de esta capa social utilicé la expresión "intelligentsia relativamente independiente" (*relativ freischwebende Intelligenz*), que acepté de Alfred Weber, sin pensar para nada en un grupo enteramente desligado, libre, de las relaciones de clase. "Relativamente" no era una palabra vacía. La expresión alude, simplemente, al hecho perfectamente comprobado de que los intelectuales no reaccionan ante determinadas situaciones con tanta cohesión como reaccionan, por ejemplo, los empleados y los trabajadores. Incluso estos últimos dan muestra, de vez en vez, de variaciones en sus respuestas a las situaciones dadas; más aún varían las llamadas clases medias, y menos uniformes, todavía, la conducta política de la "intelligentsia". La historia natural de ese fenómeno es uno de los temas de este ensayo y de un estudio anterior (9). Después de esta advertencia, debía esperarse que los críticos no simplificaran, otra vez, mi tesis, convenientemente, reduciéndola a la proposición fácilmente refutable de que la "intelligent-

(9) *Ideology and Utopia*, págs. 136-46, London and N. York, 1936. Traducido por Aguilar. En prensa.

sia" es una capa social que está por encima de las clases o que goza de revelaciones específicas. Con respecto a lo último, mi pretensión era, simplemente, que ciertos tipos de intelectuales posean mayores oportunidades para comprobar y emplear las perspectivas socialmente utilizables y para experimentar sus inconsistencias. Volveré sobre esto más adelante.

3. CÓMO SON IDENTIFICADOS LOS GRUPOS SOCIALES

Para determinar el lugar social de la "intelligentsia" tendremos que volver a examinar, primero, los procedimientos sociológicos que operan exclusivamente con los conceptos de clase e interés de clase. Pero antes estableceremos las diferencias entre *posición de clase*, *clase* y *conciencia de clase* (10). El primero designa la localización de los individuos o grupos en el orden social. Antes hemos subrayado que la expresión "posición social" es más comprensiva que la de "posición política". Localización social es un término general que se refiere a la exposición continuada de algunos individuos a influencias análogas o a iguales oportunidades, alicientes y restricciones. Un ambiente social común no crea necesariamente intereses análogos: por ejemplo, la posición minoritaria común de los grupos étnicos, como tales, puede ser concebida sin tener en cuenta los intereses de grupo (11). El término "localiza-

(10) La observación metodológica de Geiger es, a este respecto, muy pertinente: "La cuestión del correcto concepto de clase carece, en sí, de significado. Un concepto de clase se convierte en inapropiado solamente cuando se deriva del molde de un grupo y es aplicado a otro." Theodor Geiger, *Die Schichtung des deutschen Volkes*, pág. 1, Stuttgart, 1932.

(11) La diferencia entre posición de clase y conciencia de clase ha sido vista claramente por M. Sherif y H. Cantril: "Se necesita dirección y organización para transformar una clase numérica y disgregada en una clase psicológicamente compacta. Por consiguiente, es importante tener en cuenta la distinción entre la diferenciación objetiva de clase y la diferenciación subjetiva." *The Psychology of Ego Involvements*, New York, 1947, página 145.

ción" puede incluso ensancharse hasta incluir en él fenómenos como el de los grupos por edades y el de las generaciones (12). *Posición de clase*, por otro lado, suele implicar una cierta afinidad de intereses dentro de una sociedad diversificada, que asigna el poder selectivamente y distribuye prerrogativas y oportunidades económicas de un modo desigual (13).

Para pasar del concepto de posición o localización al concepto de clase, debemos antes familiarizarnos con el carácter de posición de la conducta. Comprendemos al hombre, en primer lugar, por su conducta y sus motivaciones, y éstas, a su vez, dependen de la orientación del hombre en una situación dada. Hablamos, pues, de una *conducta de posición* si el proceder de una persona pone de manifiesto su reacción ante su localización social. El término *orientación de posición* no debe ser construedo de un modo determinista, puesto que cada posición determinada permite más de un tipo de reacción. Al mismo tiempo, una conducta es de posición solamente si está guiada por los impulsos latentes en una localización, en contraste con la de un niño o un demente, que no disciernen su posición ni responden a ella. Una localización tiene un componente objetivo y otro subjetivo. El carácter objetivo de la localización puede ser definido sin tener en cuenta la conducta de los que la ocupan, pues una posición existe simplemente, independientemente de cómo y si se responde a ella. Aunque la posición sólo se hace real y llega a ser discernible por medio de la conducta de los que participan en ella, éstos pueden existir en su seno sin responderla de un modo predecible o típico.

(12) Véase el ensayo del autor "The Problem of Generations", ob., cit.

(13) Los diversos tipos de *status* y de concepciones de *status* que pueden llegar a asociarse con posiciones idénticas están bien descritos por E. C. Hughes, "Dilemmas and Contradictions of Status", *American Journal of Sociology*, marzo de 1945, págs. 353-59; ver también M. Sherif y H. Cantril. *The Psychology of Ego Involvements*, ob. cit., págs. 140 y sgs.

La forma más importante de conducta de posición es aquella que está exclusivamente guiada por los intereses económicos de un individuo, cuando dichos intereses se han hecho reales, previamente, en el mercado. Ahora ya podemos hablar de una *clase*, si los individuos actúan uniformemente y de acuerdo con sus intereses análogos, en una posición análoga, en el proceso de la producción. La *conciencia de clase*, por otro lado, está constituida por la tendencia de los miembros de esa clase a actuar colectivamente de acuerdo con una valorización consciente de su posición de clase, en relación con todas las otras capas de la sociedad.

Posición de clase, clase y conciencia de clase constituyen tres niveles de diferenciación. El factor personal de cada uno de ellos no necesita, y generalmente no lo hace, coincidir. Partidos de clase, uniones y grupos de presión son con frecuencia manifestaciones de la tercera fase: de la conciencia de clase.

Antes de entrar en un análisis de la "intelligentsia" hagamos algunos comentarios retrospectivos.

A. No mantenemos que la conducta humana esté exclusivamente guiada por intereses económicos, pero creemos que la estructura de las acciones que son motivadas por esos intereses nos proporciona un modelo útil para el análisis sociológico. Esto ha sido bien demostrado por Max Weber (14). Aunque la conducta tradicional, en sí, es lo opuesto a la conducta racional, con frecuencia conserva un núcleo previo de racionalidad. La tradición puede proceder tanto de los intereses del pasado como de la magia.

B. Muy a menudo, el profano no puede distinguir el juego de intereses racionales en las acciones irracionalmente motivadas. La observancia de los preceptos religiosos, en sí misma no racional, está frecuentemente al servicio de fines racionales. El conocido análisis de Max Weber del

(14) Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen, 1922. capítulo II: "The Concept of Social Behaviour."

ascetismo puritano nos proporciona un buen ejemplo. La motivación primaria de este ascetismo fué indiscutiblemente religiosa; sin embargo, correspondía a una actitud racional hacia los valores económicos, exigida por el capitalismo comercial en desarrollo. A la larga, el hombre no puede actuar sin tener en cuenta su localización, ni puede zafarse de las condiciones sociales de su existencia; lo que importa, por lo tanto, es lo que hace y no lo que piensa que está haciendo. Las acciones pueden alcanzar consistentemente un determinado fin sin ser motivadas por él. Con mucha frecuencia, una infinita serie de adaptaciones de menor importancia corregirán, aunque inconscientemente, la dirección última de una conducta originalmente no funcional para orientarla por conductos racionales.

C. Prácticamente, todo el mundo tiene motivaciones ambivalentes y más de un ambiente social. La posición de clase, por lo tanto, es una de las varias localizaciones y uno de los diversos motivos para actuar. Esto puede aplicarse de manera especial al intelectual, principalmente, por su mayor número de implicaciones en la comunicación entre las clases. Sus elecciones políticas dependen no sólo de su posición de clase, sino también del entendimiento con otros, extraños a su clase.

D. Las anteriores consideraciones deben permanecer sin sentido, en tanto que se acepte la concepción dogmática de clase, tal y como el materialismo histórico la presenta. Desde ese punto de vista, no podremos tratar adecuadamente a la "intelligentsia" como fenómeno social. En contradicción con su intención positivista, la filosofía del materialismo histórico sigue el tipo medieval de realismo conceptual, cuya ontología soslaya al individuo. Esta es una característica hegeliana del materialismo histórico. Concibe a la clase con la naturaleza de un macrohombre y al individuo como un simple instrumento del leviatán colectivo. La *clase*, en esos pensadores, parece ser tan independiente de las percepciones y reacciones del individuo como los universales de la Edad Media lo eran. En cuanto se

concibe a las clases de ese modo se puede fácilmente convertirlas en casilleros verbales, y se dice de todo individuo que pertenece a una o a otra. Aunque la doctrina no es enseñada de esta manera, tal conclusión es difícilmente evitable para aquellos que piensan en la alternativa clasista-no clasista. Desde esta posición no se puede llegar a enfrentarse con un fenómeno tan esquivo y ambivalente como el de la "intelligentsia"; lo único que puede hacerse es declarar los matices distintivos que caracterizan la insignificancia clasista de ese grupo y proceder a identificarle con una u otra clase o a calificarlo como la cola de uno u otro cometa.

El análisis de esta capa social nos da una oportunidad para descubrir la falacia de tal posición. La clase, cuando se la distingue de la posición de clase, no puede ser pensada independientemente de las acciones de los individuos, sino sólo como un grupo que reacciona homogéneamente ante una posición económica idéntica. Sólo sus motivaciones de clase hacen de un individuo un miembro de una clase. Una vez que esto está claro, somos capaces de asignar algún significado a la variedad de motivaciones de que dependen las elecciones individuales de tipo político. Algunas personas son influidas por una única motivación preponderante, mientras que otras están sometidas a incitaciones en conflicto. Esto es aplicable no sólo a los intelectuales, sino a cualquiera que pertenezca a una profesión bien atrincherada, a la que no tengan fácil acceso los extraños.

Entenderemos las situaciones ambivalentes sólo si abandonamos al realismo hegeliano que da al concepto de clase del materialismo histórico su carácter acorazado y que hace a esta concepción impermeable para una psicología concreta. Tenemos que fundamentar el concepto de clase sobre las acciones y preferencias del individuo, para ser capaces de apreciar las situaciones alternativas y para tener conciencia del hecho de que una clase no absorbe por completo ni explica todas las acciones de las personas concretas. Si, a pesar de todo ello, no adoptamos por com-

pleto el procedimiento de los nominalistas sociológicos que atribuyen únicamente realidad a las percepciones y a los actos del individuo, se debe a que ellos propenden a pasar por alto las situaciones colectivas en las que los individuos viven y actúan y la dinámica de las estructuras de grupo. Que el individuo es el fundamento primario de la realidad es una afirmación que, naturalmente, nos parece inevitable, pero que no nos debe cegar para las condiciones objetivas con que se enfrenta el individuo a cada paso. Estas condiciones canalizan y motivan su conducta sea él consciente de ellas o no. La consecuencia extrema de la concepción nominalista es un mundo no estructurado, un vacío social que hace tan incomprensibles las acciones de la persona concreta como el realismo doctrinario.

El procedimiento que nosotros proponemos se basa en las siguientes consideraciones. Sostenemos, con los realistas, que la conducta de los individuos no puede entenderse adecuadamente si se la separa de sus relaciones sociales. Pero rechazamos la práctica "realista" de asignar—por razones políticas o religiosas—prioridad a un grupo particular como clase, raza, iglesia o nación, y nos oponemos a la interpretación de todos los demás conglomerados sociales como derivados de algunas de las agrupaciones "reales". Aceptamos el enfoque de los nominalistas para comprender la conducta y las motivaciones de la persona, pero nos oponemos a su tendencia de construir al individuo como una identidad socialmente desvinculada y residual. Creemos que el individuo, como tal, sólo puede entenderse a través de su participación en una multitud de agrupaciones, algunas de las cuales están coordinadas, mientras que otras se superponen o incluso chocan entre sí. Lo que hace a un ser individual sociológicamente importante no es su comparativa desvinculación de la sociedad, sino su implicación múltiple. El proceso de la individualización tiene lugar en el mismo proceso en el que la persona llega a identificarse con los grupos superpuestos y en conflicto. Es en ese sentido como nos interesaremos, en adelante, por las afiliaciones múltiples y las motivaciones ambiva-

lentes, particularmente cuando se presentan en la situación de la "intelligentia".

4. TIPOS DE INTELLIGENTIA

Pasamos ahora, de los preliminares, a los factores que nos permiten hablar de la intelligentia como un único tipo social. ¿De dónde procede la ambivalencia de estos individuos y de dónde derivan su motivación particular además de la que surge de su posición de clase?

Uno de los atributos comunes de los intelectuales es su posición diferencial en la cultura. Esta posición, sin embargo, puede querer decir un gran número de cosas, y la mayoría de las equivocaciones se deben a las variantes interpretaciones que se da al "ser culto" (15). Diferenciémoslas.

1. El primer tipo está implicado en la distinción entre las labores *manuales* y las *intelectuales*. Tal polarización no deja de tener sentido. Suele apuntar a los diferentes medios e instrumentos de las labores vocacionales, sin referirse al rango social. Mientras que en épocas anteriores semejante yuxtaposición indicaba siempre alguna valorización social, por ejemplo, una diferencia de rango, el orden democratizado de trabajo de la sociedad moderna ha despojado, verdaderamente, a la distinción entre los dos tipos de labores de su anterior significado valorativo (16). En una sociedad de ocupaciones especializadas, la naturaleza peculiar del trabajo se convierte, cada vez más, en un atributo de la vocación y va perdiendo progresivamente su

(15) La discusión sobre el tema puede resultar estéril si cada uno piensa en un grupo de intelectuales diferente. Mi exposición del tema en *Ideología y Utopía* se resintió de mi fallo de distinguir el tipo particular que denominé "intelligentia socialmente independiente" de los otros grupos. Los malentendidos a que ha dado lugar esta omisión obligan a elaborar el concepto de "intelligentia" con algún cuidado y precisión.

(16) Véase el ensayo siguiente de este volumen, "Democratización...", y E. Zisell: *Die Entstehung des Geniebegriffes*. Tübingen, 1926.

carácter de símbolo del status. Para darse cuenta de la tendencia moderna, solamente hay que pensar en la antigua diferenciación romana entre *opera servilia* y *artes liberales*. Con lo primero se designaba diversos tipos de tareas físicas que no eran dignas de los hombres libres, con excepción del servicio militar, la gimnasia y los juegos, mientras que las *artes liberales* ya tenían algo de la clasificación posterior de las profesiones liberales.

2. Una segunda etapa de la valorización de las ocupaciones intelectuales implica ya, profundamente, el status social: el antiguo contraste entre trabajos físicos y mentales da paso a la nueva diferenciación entre *las profesiones libres* y *los oficios*. Con lo primero se designa una ocupación con las artes, las ciencias y la religión, por consideración a esas mismas actividades, sin remuneración. La libertad de preocupaciones pecuniarias es una característica importante del prestigio que se asigna a esas ocupaciones. El dedicarse a ellas por su propio valor le es sólo posible a los caballeros de medios independientes. Una profesión libre, en este sentido, no sólo entraña un trabajo no manual, sino, además, una fuente de prestigio y un peculiar carácter vocacional, es decir, la dedicación desinteresada a una profesión. Sin embargo, su alta procedencia moral vela, a menudo, el hecho de que el prestigio no proviene de la dedicación desinteresada como tal, sino de la posición social que la hace posible. Esto resulta perfectamente aclarado por la antigua costumbre de que el médico que era educado en la tradición hipocrática sólo podía ocuparse de los diagnósticos y de los pronósticos y se le exigía que abandonase la cirugía, la terapéutica y el trabajo de enfermería a ayudantes asalariados. La misma diferenciación entre las profesiones libres y las vocaciones pagadas forma el trasfondo de la práctica, anterior a la aparición de la burocracia moderna, de colocar los asuntos públicos en las manos de dignatarios honoríficos: caballeros terratenientes (*squires*) (como en Inglaterra) o patricios independientes.

3. Esta clasificación caballeresca de las ocupaciones in-

telectuales continúa presente en una tercera distinción: la que existe entre los *cultos* (Gebildeten) y los *incultos*. Esta diferenciación posee todavía mucha importancia en las pequeñas ciudades de diversos países de América del Sur y de Europa, particularmente en Alemania. Dichos calificativos no se refieren simplemente a las profesiones, la educación académica ni a los rangos feudales que ya no existen (17). El término "culto", en este sentido particular, incluye a gente tan respetable como el médico, el abogado, el profesor, el pastor, el comerciante y el industrial; en una palabra, a personajes que están acostumbrados a reunirse alrededor de la mesa de la fonda preferida y a visitarse entre sí. Aquí actúan tres principios intercambiables de selección: *cultura*, *rango* y *renta*. Unos ingresos sustanciales puede compensar alguna falta de cultura, y viceversa. La selección que resulta no carece de cierto grado de homogeneidad. Esta se basa, mayormente, en una etiqueta social similar, un estilo de vida también similar y un sentido análogo del decoro. Esta simbiosis social produce una cultura homogénea, es decir, una forma convencional de refinamiento social selectivo.

4. Este contraste convencional del "culto" ha ido perdiendo constante y rápidamente vigencia desde la aparición del Estado absoluto y su burocracia técnicamente preparada. La jerarquía burocrática crea su propio criterio de distinción con un nuevo sistema: el de los *títulos académicos* para las carreras de la administración civil (18). Sobre esta nueva base, el hombre culto ha llegado a ser identificado con el poseedor de un título y de una carrera que

(17) Véase, para lo que sigue, Mennike-von der Gablentz, *Deutsche Berufskunde*, Leipzig, 1930, particularmente pág. 33.

(18) Weinstock tiene indudablemente razón al decir que la selección racional de los funcionarios no es en sí mala. Se convirtió en un absurdo sólo cuando esta maquinaria de selección fue utilizada como base del servicio militar abreviado de un año que hizo posible la German Defence Act de 1876. Esta medida convirtió la anterior selección cultural en una selección social. Véase H. Weinstock, "Das Berechtigungselend", en *Die Erziehung*, volumen IV, 1929.

monopoliza su especialidad. La anterior distinción de respetabilidad da paso a la diferenciación entre aquellos que poseen una preparación académica y los que no la poseen (19), y, en Alemania, a la graduación más amplia de los títulos obtenidos después del sexto, séptimo y octavo grado en las altas escuelas.

La uniformidad de la educación, en sí, es inevitable en una sociedad industrial. Una profesionalidad honoraria de profanos bien educados no resulta adecuada para las necesidades de la sociedad contemporánea. No se puede discutir tampoco el carácter democrático de un sistema que

(19) El sistema prusiano de títulos académicos parece tener su origen en Federico Guillermo I. Los exámenes fueron primero exigidos a los jueces del ejército; luego, después de la ordenanza de 1713, a los jueces civiles (*deputy judges*) también. Desde 1737, a todos los jueces de los tribunales altos y bajos, incluyendo a los del tribunal de las pares, se les exigió que alcanzaran una norma establecida de preparación y que se examinaran. Es extraño que sus colegas administrativos siguieran siendo una excepción; para esas posiciones, la experiencia práctica era preferida, según las apariencias, a las "sutilezas de los juristas". Los que resultaron afectados, inmediatamente después, fueron los ministros. Está claro que el sistema de exámenes se creó como salvaguardia contra el nepotismo, pues fué legislado, en la misma época, que ningún hijo debía suceder al padre en el oficio. A pesar de ello, se debe recordar que la aparición de un *esprit de corps* en la administración civil suele coincidir con un mayor estímulo, en los hijos para elegir la vocación de los padres, Federico el Grande consideraba a éste como el principal estímulo para la formación de un cuerpo capaz de oficiales. Véase Lotz, *Geschichte des deutschen Beamtenums*, Berlín, 1914.

El 1788 constituye el hito más importante en la historia del sistema alemán de títulos académicos. En aquel año, un edicto real prusiano instituyó la alta escuela de exámenes. Este mismo edicto introdujo la distinción entre altas escuelas que concedían títulos y las que no lo hacían, al disponer que el examen de entrada en las universidades fuera realizado en las mismas altas escuelas, esto es, en aquellas que estaban habilitadas para ello. Es interesante saber que la admisión de los estudiantes excepcionales en las universidades empezó ya en esta época; ha sido sólo, hace poco, cuando esta medida fué puesta en práctica otra vez en Alemania. Véase *Lexicon der Pädagogik, der Gegenwart*, volumen II, 1932, artículo "Berechtigungswesen".

hace de la preparación comprobada la base de la calificación para las posiciones sociales, pues la oportunidad de estudiar es accesible a todo el mundo, al menos en principio. Sin embargo, este sistema crea un nuevo tipo de diferenciación, y no tan sólo por las exigencias pecunarias que llevan consigo los estudios superiores.

Así, el régimen burocrático de la sociedad alemana añade un nuevo criterio de intelectualidad a los anteriores conceptos convencionales, bien educados, de la preparación cultural: la posesión de *conocimientos aplicables*. Los exámenes sistemáticos comprueban la cantidad de conocimientos, ya canalizados, que el candidato haya sido capaz de absorber y si ha llegado a dominar determinados métodos prescritos y uniformes. Ahora bien: una sociedad diferenciada suele necesitar, naturalmente, un personal preparado en materias funcionalmente definidas y distribuidas en la debida proporción. Pero no es necesario descuidar aquellos aspectos de una cultura acumulada que no son indispensables para las carreras seleccionadas. La cultura llegó a ser convencional ya en el siglo XVI. Franz Blei dice que el período Barroco casi consiguió sustituir a la poesía por la retórica (20). La influencia burocrática ha aumentado el ímpetu de esa tendencia, particularmente en los estudios superiores. Volveremos sobre este tema al final del presente ensayo.

Hemos descrito cuatro criterios distintos de cultura y educación. Corresponden a cuatro tipos sociales bien delimitados por sus características profesionales, su conducta y su orientación social. Aunque esos tipos se originan en diferentes fases de la historia, todavía existen, unos al lado de otros, en la sociedad contemporánea. Sería erróneo pensar que no representan algún rasgo genuino de la "intelligensia", pero sería igualmente falso ver en alguno de ellos la única variante posible.

Cualquiera que sea la clase o el rango con que las per-

(20) Véase Franz Blei, *Der Geist des Rokoko*, pág. 11. München, 1923.

sonas así descritas se identifican, todas ellas darán muestras de desviaciones características, en relación con una conducta social coherente, si la comparamos con la de sus compañeros de clase o rango que no participan de preocupaciones intelectuales. El interés unitario de la preocupación intelectual es una fuente alternativa de motivación que desvía la conducta de los individuos de la línea que su posición de clase prefigura. El profesor que no acepta remuneración alguna por determinados servicios renuncia, en cierto sentido, a su posición de clase como trabajador de cuello duro. Los empleados del gobierno rechazan con frecuencia la sindicación para conservar un prestigio que sólo está enraizado en sus concepciones colectivas derivadas de su vocación (21). La ambivalencia del hombre culto y su desviación del patrón de clase pueden explicarse por el hecho de que un distinto universo intelectual tiende a crear un grupo unánime, con un *sprit de corps* especial y a aumentar la distancia entre los que se comunican en ese universo adquirido de pensamiento y los que no lo hacen.

No pretendemos extendernos en la tipología de las vocaciones de los intelectuales de que hemos dado noticia. Se aludió a ella como punto de partida. Los tipos de "intelligentia" a que se refiere el resto de este ensayo difieren de los que hemos bosquejado antes por su comparativa carencia de diversidad de vocaciones y por sus motivaciones especiales, que esperamos descubrir. Es posible que la argumentación, en ciertos casos, exceda los límites del análisis sociológico e invada el terreno de la filosofía de la cultura. No obstante, existe alguna diferencia entre presentar una filosofía en sustitución del análisis sociológico y presentarla como prolongación del mismo. Esperamos seguir el segundo procedimiento.

(21) E. Lederer y I. Marschak, "Der neue Mittelstand", en *Grundriss der Sozialökonomik*, vol. IX-1, pág. 121, Tübingen, 1926.

5. EL INTELLECTUAL CONTEMPORÁNEO

En nuestra indagación de un concepto adecuado del intelectual, debemos empezar por aquellas situaciones que permiten una primera ojeada sobre el fenómeno. El término "culto" suele proporcionar un ligero indicio del problema, aparte de su significado anteriormente analizado. La expresión "ser culto" alude a algo así como una implicación en una situación que nos concierne a todos nosotros, sin afectar particularmente a nadie. El horizonte cognoscitivo de toda persona alcanza, por lo menos, al área dentro de la que debe actuar y adquirir una masa de conocimientos prácticos. Su comprensión del mundo humano puede extenderse perfectamente más allá de su radio de acción, pero ninguna vocación ni ninguna posición en la sociedad le exigen que sea consciente de las incumbencias de todos los hombres. Es el hombre culto el que se mantiene en *rapport* con el estado de nuestros asuntos y no sólo con los suyos, y es, en este sentido, como resulta implicado en una situación que nos concierne a todos.

Aunque los tipos previamente bosquejados de hombres cultos no hubieran sido definidos como lo han sido, no se podría mantener que esta implicación es posible sin algún acceso socialmente facilitado al conocimiento, parecido al que gozaron los mencionados tipos. Sería, naturalmente, aún más arriesgado dar por supuesto que todos aquellos a los que su posición social permite llegar al conocimiento lo tienen *eo ipso*. Para precisar más, el conocimiento se desarrolla en dos direcciones distintas:

4. En la *continuidad de la experiencia cotidiana* (una categoría a la que Dilthey, Scheler y Heidegger, cada uno a su modo, han prestado considerable atención), en la que el individuo se ve obligado a resolver los problemas prácticos que aparecen ante su propia vida. Hace frente a esos problemas con la ayuda de una masa de conocimientos que adquiere espontánea y casualmente o por imitación pero sin ningún método consciente. La información así

adquirida es reflejada por la destreza del artesano, la experiencia de la vida y el *savoir faire*.

B. Un diferente tipo de saber tiene su origen en la corriente de transmisión *esotérica*, que, a cierto grado de complejidad social, se convierte en el vehículo de la "cultura". La concepción del mundo esotérica no es de adquisición espontánea, sino producto de un esfuerzo consagrado y de una tradición culta (22).

En las culturas elementales, estos dos tipos de conocimiento se confunden uno con otro. Así las artes monopolizadas por la tribu—que en sí mismas pertenecen al campo de la rutina cotidiana—constituyen, con mucha frecuencia, un asunto secreto, al mismo tiempo que la magia, cuya procedencia y sustancia son esotéricas, suele formar parte del círculo diario de las actividades corrientes. Sin embargo, las sociedades que se hacen cada vez más complejas tienden a separar el reino cotidiano del conocimiento del reino esotérico y, a la vez, a aumentar la distancia de los grupos sociales que se nutren culturalmente en cada uno de ellos.

La abierta separación de estos dos reinos empieza con la aparición del "shaman" por vocación (23), y, particularmente, con el nacimiento del gremio y la subsecuente casta de los magos (24). Las Iglesias monopolísticas tienden igualmente a establecer estratos compactos y bien distanciados de sacerdotes, por castas o rangos. La evolución del saber y de la cultura atraviesa una frontera de

(22) Véanse Florian Znaniecki, *The Social Role of the Man of Knowledge*, 1940, págs. 93 y s., y J. D. Bernal, *The Social Function of Science*, London and New York, 1939, págs. 15 y sgs.

(23) Sacerdote de una religión basada en la creencia de espíritus buenos y malos, que pueden ser influidos por los "shamanes". Se practicaba en Siberia y en las tribus norteamericanas. (N. del T.)

(24) Véase una sinopsis en *The Origin of the Inequality of the Social Classes*, de Gunnar Landtman, London and Chicago, 1938, págs. 111-226.

incomparable importancia cuando el profano rompe y toma posesión revolucionaria del monopolio sacerdotal de la interpretación pública. Antes de esta transformación, el seglar se aventuraba sólo esporádicamente en la formulación de opiniones públicas sobre problemas que estaban fuera del reino de la experiencia cotidiana y privada. En la historia europea, la esencia de la cultura cambia con la secularización del saber en la época del humanismo y, aun antes, en la cultura restringida de la caballería. Los aspectos sociológicos de esta incipiente secularización no han sido suficientemente subrayados, y no podemos comprender los innumerables cambios que siguieron a ella sin reconstruir, con claridad, su origen en una transformación social relativamente sencilla. La clave de la nueva época del saber estriba en el hecho de que *el hombre culto ya no constituye una casta o un rango compacto, sino una capa social abierta*, a la que personas procedentes de una variedad, cada vez más amplia, de posiciones sociales pueden llegar. Después de eso, ya no puede imperar ninguna concepción unitaria del mundo, y el hábito autoritario de pensamiento del cerrado sistema escolástico da paso a lo que podemos llamar un *proceso intelectual*. Este proceso consiste fundamentalmente en la polarización de varias concepciones del mundo coexistentes, que reflejan las tensiones sociales de una civilización compleja. El intelectual moderno que ha sucedido al escolástico no pretende reconciliar o ignorar las concepciones alternativas que son posibles en el orden de cosas que le rodea, sino que investiga en todas las tensiones y participa en las polaridades de su sociedad. La mentalidad transformada del hombre instruido, la perspectiva fragmentaria del intelectual contemporáneo, no es la culminación de un creciente escepticismo, ni una fe declinante, ni la falta de capacidad para crear una *Weltanschauung* integral, como mantienen quejumbrosamente algunos escritores. Muy al contrario, la secularización y la multipolaridad de las concepciones son la consecuencia del hecho de que el grupo de los hombres instruidos ha perdido su organización de casta y su pre-

rrrogativa para formular soluciones autoritarias a los problemas de su tiempo (25).

El punto decisivo y crucial en la historia de Occidente es la disolución gradual de las capas sociales compactas como castas. El hombre de letras fué el primero en ser afectado por esa transformación. La forma en que concibe la experiencia refleja la estructura de su capa social. El escolástico, seguro en su casta, construyó un edificio de conceptos estacionario y compacto, de acuerdo con su existencia estabilizada. Suscitaba sólo problemas para los que ya tenía preparadas respuestas. Expresó dudas con el fin de disiparlas y cerró su sensibilidad para los hechos que no confirmaran sus convicciones. El intelectual moderno posee una propensión dinámica y está perennemente preparado a revisar sus opiniones y a empezar de nuevo pues tiene poco detrás de sí y todo un mundo por delante. Su sensibilidad para las concepciones alternativas y las interpretaciones divergentes de la misma experiencia, sin embargo, es el origen potencial de su limitación: una falsa ecumenidad y la ilusión de haber aprehendido el punto de vista de los otros sólo ha percibido sus expresiones. Pero no se debía intentar, como se ha hecho muy a menudo subestimar la importancia de este proceso intelectual, aplicándole el patrón de medida de un sistema social más viejo y estacionario. El anhelo por la seguridad que proporcionaba aquel orden estable no debe cegar a nadie para las realizaciones que el orden que le sucedió ha hecho posible. Aquella perspectiva unitaria perdida tampoco producirá nostalgia a los que son conscientes de la base social en que se sustentaba.

La *endopatía* es otra capacidad, significativamente moderna, del intelectual. Hasta aquí, poco se ha dicho sobre el origen social de esta característica, y, sin embargo, no es, simplemente, un fenómeno psicológico. Esta facultad de "ver el lado de algún otro" no es tan comprensible en sí misma ni tan intemporal como puede parecer a primera

(25) Véase Znaniecki, ob. cit., pág. 114.

vista. Este rasgo distingue al intelectual moderno de la variedad escolástica y también del sabio solitario. Este último puede poseer sabiduría, pero el conocimiento hasta el punto de llegar a dudas periódicas sobre sí mismo no es su característica. La simpatía y la comprensión son, naturalmente, universales, pero no lo es el estímulo de comprender puntos de vista no familiares y engañosos. La sabiduría de la persona de experiencia, pero "inculta", puede relacionarse con otras en la medida en que éstas comparten el medio de aquélla, pero la "verdadera cultura" es una fuente de trascendencia del propio medio de cada uno.

No intentamos ninguna comparación envidiosa; no es necesario denotar las ventajas permanentes que proceden de un vivir a mente abierta y de una larga experiencia. El indiscutible valor de esta sabiduría que se instruye a sí misma es su seguro enfoque sobre los problemas reales. La persona que adquiere su juicio por medio del aprendizaje directo de la vida no se pierde fácilmente en el laberinto de la imaginación intelectual. Su inclinación pragmática a aplicar a su pensamiento la comprobación cotidiana de la utilidad le salvará de la tentación que acomete al hombre culto de extraviarse en el reino de las construcciones especiosas e improbables. Sin embargo, el peligro de este realismo estriba en el hecho de que pueda ser sobrepasado por una modificación inadvertida de la realidad, y que pueda continuar aferrándose a las máximas de una experiencia trabajosamente conseguida mucho después de que la corriente de los acontecimientos haya desgastado la base en que se sustentaba. Este es, con frecuencia, el origen de un falso tradicionalismo cuyas normas ya no se ajustan a la situación existente. La paradoja que un cambio súbito puede ocasionar consiste en el hecho de que el realista sobrio y firmemente asentado pierde el contacto con la realidad y se vuelve un utópico, es decir, un utópico del pasado, usando la expresión de G. Salomón (26).

(26) El tradicionalismo de tipo agrícola que se va formando en la experiencia cotidiana es aclarado perfectamente por el excelente material reunido en los Estados Unidos. Véanse J. M. Wil-

Esas son las limitaciones de una sabiduría centrada en la vida. Queda limitada a las cosas que directamente entran en la situación vital del individuo, y su abarcabilidad no puede extenderse mucho más allá de ésta, sin cultura. La preparación cultural no enriquece solamente la cantidad de cosas de que tenemos conocimiento, pues mientras que éstas no afectan a nuestro punto de vista, seguimos viendo a los acontecimientos con los ojos del tradicionalista que se enseñó a sí mismo la manera de mantenerse firme y de enfrentarse con los problemas de un mundo inmutable. La preparación cultural nos enseña a descubrir nuestros propios asuntos en los asuntos de gentes distantes y a comprender otros puntos de vista, volviendo a definir el nuestro. Seguramente, tal propensión no carece de peligro; lo hemos señalado ya. Una endopatía que lo penetre todo puede convertirse con facilidad en un intelectualismo desvinculado, delirante y frívolo. El virtuoso de este intelectualismo puede perder pronto el sentido de la proporción y, mientras que ejerce su endopatía en cosas recónditas, puede dejar de desempeñar el papel que le corresponde en los problemas que le afectan más directamente. Ese es el peligro, y ninguna aventura carece de él. Pero las ventajas de la preparación cultural, tal y como la época moderna la ha hecho posible, son inequívocas. Consisten en la expansión del yo por medio de su participación en una cultura multipolar. Un individuo puede vivir más que su propia vida y pensar más que sus propios pensamientos. Puede elevarse sobre el fatalismo y el fanatismo de las existencias solitarias, sean de individuos, de vocaciones o de naciones. El precio de esta ventaja es la fácil disposición de mantener, a veces, el yo a la expectativa, el repensar sus premisas y el situar un signo de interrogación al final de los absolutos. No se puede apreciar al espíritu culto sin ver lo posible, *Our Rural Heritage*, New York, 1925; G. A. Lundquist, *What Farm Women are Thinking*, University of Minnesota, Agricultural Extension Div., Special Bulletin núm. 71, 1923; H. Bernard, "A Rural Theory", *American Journal of Sociology*, XXII, y J. W. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, 2.^a ed., New York, 1927. 2 vols.

tivo que hay en los actos exploratorios del escepticismo, escepticismo entendido no en su forma helada de sistema filosófico, sino como un estado de fructífera incertidumbre. Esta tendencia escéptica, que se originó en la Francia del siglo XVII, casi no ha influido en Alemania. Quizá Nietzsche fué el único alemán importante que comprendió la vitalidad del escepticismo francés tal y como se había desarrollado en situaciones diversas, desde Montaigne, pasando por Pascal, La Rochefoucauld y Chamfort, hasta Stendhal. Ninguna época anterior tuvo la convicción de la nuestra, a saber: *que no tenemos ninguna verdad*. Todas las épocas anteriores a la nuestra, incluso las escépticas, han tenido sus verdades (27).

Este método muestra su fecundidad de una manera especial en la situación pedagógica. El consejero que no está verdaderamente preparado con una cultura intelectual nos puede aconsejar partiendo de la experiencia que le era accesible en el discurrir de su propia vida. Puede ayudarnos a salir de dificultades, pero no puede enseñarnos a elevarnos sobre ellas. Sólo se puede dominar una situación *mirando más allá de ella*. Sólo podemos comprender un fenómeno si comprendemos el margen concreto de su variabilidad. Este es el tipo de consejo que podemos obtener de un genuino análisis sociológico. Puede hacer practicable un callejón sin aparente salida, revelando su carácter contingente y las alternativas que permanecen abiertas ante nosotros. Esta es también, incidentalmente, la naturaleza de la ayuda que un fructífero tipo de psicoanálisis nos ofrece. Hay algo incomparablemente positivo en esta capacidad moderna para ver el aspecto de tanteo de cada situación, para rechazar toda manifestación de fatalismo, para evadirse de alternativas al parecer inevitables y para mirar más allá y detrás de las inmutabilidades aparentes.

Detengámonos otra vez a reconocer los peligros de la facultad moderna para evadirse de las decisiones y para

(27) F. Nietzsche, *Aus der Zeit der Morgenröte*, 1880-81; R. Saichick, *Deutsche Skeptiker: Lichtenberg, Nietzsche-Zur Psychologie des neueren Individualismus*, Berlín, 1906.

hacer cuestión de nuestras propias convicciones. No puede existir ninguna duda sobre las debilitadoras consecuencias de una perenne duda de sí mismo, una parálisis que aquellos que deben defender lo que es suyo pueden difícilmente permitirse. Tampoco se puede discutir que la facilidad para escapar de la preocupación cristaliza fácilmente en un tipo incapaz de resistencia, falta de heroísmo, inadecuado para una acción independiente. Pero ¿no degenerará el heroísmo, a veces, en una pasión vacía, y no se dan ocasiones en las que la intrepidez y la sinceridad de intención se convierten en pura obstinación?

Quizá quede ahora claro cómo el eje perennemente variable del pensamiento moderno refleja la aparición de una "intelligentia" no privilegiada y polarizada, que introduce en la interpretación pública de las cosas tanta variedad de puntos de vista como están inherentes en la diversidad de su trasfondo social. En cuanto se rompe el antiguo *sprit de corps* de la "intelligentia" y ésta desecha su organización compacta, la tendencia a preguntar y a buscar, en lugar de afirmar, llega a ser su característica permanente. La multipolaridad de este proceso inquisitivo crea una propensión, exclusivamente moderna, a llegar más allá y detrás de las apariencias y a desacreditar cualquier esquema de referencia fijo que se relacione con ultimidades. Estrechamente relacionada con esta predilección, está la tendencia a correr más que el tiempo, a situarse uno mismo más allá y delante de cada situación, y a anticipar las alternativas antes de que lleguen a ser agudas. Finalmente, existe el contraste entre el sistema cerrado, el *ordo* escolástico y la cautela moderna ante las perspectivas cerradas. Esto no es más que otra forma de expresión del contraste entre la cohesión y homogeneidad de los hombres de letras escolásticos y el conglomerado fluido y el estado de polarización de la "intelligentia" moderna.

Estas no son características del espíritu como tal, sino de la mentalidad de una capa social abierta y fluida, cuyo análisis sociológico proporciona una clave para el pensamiento moderno.

6. Los PAPELES HISTÓRICOS DE LA "INTELLIGENTIA"

Hemos intentado localizar la base social de la mentalidad moderna. Parece que lo que hemos llamado el proceso intelectual—la multipolaridad de concepciones—se reduce, principalmente, al conglomerado fluido de los intelectuales que interactúan en él. Este hecho nos da todavía una completa explicación sociológica de la mentalidad de nuestro tiempo, pero delinea la situación fundamental a partir de la cual una tipología de la "intelligentia" llega a ser posible.

La "intelligentia" como grupo especializado, en general, y la "intelligentia" postmedieval, en particular, constituyen un tema central de la Sociología del espíritu. En este ensayo nos concentraremos en el último tipo, ya que su posición histórica le otorga una mayor importancia para nosotros. La sociología del materialismo histórico concibe a las manifestaciones intelectuales sólo en el ancho marco de las principales tensiones de clase. No se puede negar que esta concepción simplificada contiene un fondo de verdad, ya que los encarnizados conflictos de clase son de fundamental interés para el estudio sociológico del espíritu. Este procedimiento poco sutil, sin embargo, afirma simplemente que existe una correlación entre la tensión de clase y la ideación, sin mostrar demasiado interés por los eslabones que articulan esa correlación. Verdaderamente, el carácter mediato de la correlación no ha sido ignorado, pero no se ha hecho ningún esfuerzo para articularlo. Los intelectuales, que producen las ideas y las ideologías, forman el más importante de los eslabones de la conexión entre la dinámica social y la ideación. Aunque sería insostenible pretender la construcción de las ideologías teniendo solo en cuenta la situación de sus autores e ignorando el escenario, más amplio, donde éstos actúan, tampoco explicará el esquema más grande de la tensión social, por sí sólo, cómo los que mantienen determinadas opiniones hacen sus elecciones y se unen a grupos peculiares. Tenemos que prestar a estos problemas una atención especial. Intentare-

mos mostrar, por medio de algunos ejemplos ilustrativos, en qué consistente los principales problemas de la "intelligentia" y cómo pueden ser abordados a través de etapas sucesivas (28).

Podemos encararnos con el problema en su perspectiva propia una vez que disponemos de la familiar categoría del "funcionario". En la medida en que la sociología del materialismo histórico se interesa por los intelectuales, lo hace por su capacidad para convertirse en funcionarios y satélites. (Adviértase la limitada área de donde se deriva el término grosero de "funcionario"; significa algo relacionado con lo oficial.) Ahora bien, este producto fabricado en la casa de la sociología no es completamente obtuso. Sin duda, los intelectuales son, con frecuencia, y han sido, meros proveedores de ideologías para determinadas clases. Sin embargo, ésta es sólo una de las diversas funciones de la ideación, y, a menos que se esté preparado para considerarlas todas, el estudio del intelectual tiene, verdaderamente, poco interés.

A estas alturas, consideremos cuatro de las directrices que son fundamentales para la sociología de este tema; las dos primeras se refieren a las características intrínsecas de la "intelligentia", las otras dos se refieren a sus relaciones con el proceso social en general:

1. el trasfondo social de los intelectuales;
2. sus asociaciones particulares;
3. su movilidad de ascenso y de descenso;
4. sus funciones en una sociedad más amplia.

A) *EL TRASFONDO SOCIAL DE LOS INTELECTUALES*

El trasfondo social del intelectual es importante para nosotros por cuanto ayuda a aclarar los impulsos de grupo que los intelectuales, con frecuencia, expresan. El medio

(28) El objetivo de este estudio es proporcionar una posible norma para otros estudios de grupos concretos de intelectuales, del presente o del pasado. Yo he fomentado algunas disertaciones sobre el tema.

original de donde procede un individuo no nos proporciona los datos suficientes para comprender, por completo, su desarrollo mental; pero suele indicar algunos factores de su predisposición particular para enfrentarse y experimentar situaciones determinadas. Para explicar las normas predominantes de ideación, en circunstancias conocidas, necesitamos no sólo los análisis de las historias de las vidas individuales, sino también datos estadísticos que se refieran al trasfondo social (de clase o de vocación) y a la posición de los intelectuales representativos. Sin embargo, estos datos, que nos indicarían la influencia que ejercen los intelectuales procedentes de otras clases, no son decisivos, pues una "intelligentia" tradicional puede mantener su posición dominante a pesar del ingreso continuo de nuevos recién llegados. Tal situación es frecuente en política, cuando, en diversas ocasiones, la nobleza ha seguido ejerciendo su preponderancia, aún mucho después de la ascensión de capas sociales inferiores a las alturas de la vida pública. Otro problema que es necesario considerar es el de la influencia que ejerce el "status" de un individuo después de su entrada en las filas del ejército cultural; es más, si las capas sociales definidas mantienen su cohesión cuando cambia su papel en la sociedad, y si, o hasta qué punto, los individuos renuncian a su "status" anterior antes de unirse a la "intelligentia". El índice numérico del trasfondo social de las personas cultas es, naturalmente, sólo uno de los datos que interesan. Igualmente importante es conocer qué situaciones conceden importancia especial a personas procedentes de uno u otro trasfondo social.

Finalmente, no se debe desdeñar el hecho de que en determinados casos los intelectuales surgen su anterior identidad social en una nueva afiliación que procede de su propia elección.

B) *LAS AFILIACIONES DE INTELECTUALES Y ARTISTAS*

Entre las organizaciones compactas y en forma de casta, por un lado, y el grupo abierto y sin cohesión, por otro,

existen numerosos tipos intermedios de conglomerados en los que los intelectuales pueden congregarse. Sus contactos mutuos son con frecuencia informales, pero el grupo reducido, íntimo, constituye el patrón más frecuente (29). Ha jugado un papel eminentemente catalítico en la formación de actitudes comunes y de corrientes de pensamiento.

Las primitivas organizaciones medievales de artistas reflejan la naturaleza de su trabajo. Fueron elaboradas por la hechura típica de los gremios. El trabajo se centraba en torno a un taller común, se realizaba cooperativamente y, en consonancia con la naturaleza intermitente de la ocupación, exigía migraciones frecuentes. El carácter cooperativo del trabajo explica la organización fraternal de los artistas medievales, las primitivas formas del arte y el hecho de que la individualización empezara bastante tarde en ese medio. Una de las primeras agrupaciones de artistas medievales es la hermandad masónica—"Bauhütte"—de Alemania. La "Bauhütte", cuya primera noticia se remonta al siglo XII en el sur de Francia y en Alemania, era el cobertizo de herramientas, el taller y el lugar de reunión de albañiles, arquitectos y escultores. Muy pronto la Bauhütte llegó a ser una hermandad que aprobaba las normas comunes de rendimiento, ejercía jurisdicción sobre sus miembros y salvaguardaba los secretos del oficio. Los pintores ambulantes se parecían más al tipo de artista independiente, aunque ellos también encontraron, muy a menudo, empleos permanentes, como pintores de corte, en las mansiones de los príncipes; como, por ejemplo, los hermanos Van Eyck, que ostentaron el título de *valet de chambre*.

Los poetas también formaron agrupaciones de diversos tipos. En la genealogía del poeta antiguo encontramos al vidente; el poeta primitivo alemán es conocido por el nom-

(29) Útiles referencias sobre el tema pueden encontrarse en las obras de Dehio y de Hausenstein. Véase también *Die Legende vom Künstler*, E. Kris y O. Kurz, Viena, 1939, una obra que los autores califican de estudio preparatorio para la sociología del artista.

bre de "Scop" (raíz griega "skopos": el que vigila) (30). Originalmente pertenece a la comitiva del príncipe, lleva armas y es distinguido solamente por su habilidad en la expresión oral. Sin embargo, con frecuencia una incapacidad física o alguna otra anomalía le coloca en la situación de un extraño en relación con su ambiente social (31). Semejante posición conduce a la reflexividad o a una tendencia de oposición al medio. Esta parece ser una característica antigua en el poeta, pues llega a sentirse distanciado dentro de su rango antes que llegue a separarse de él.

Además del poeta primitivo, encontramos a los juglares errantes y a los cómicos que continuaban la tradición y el papel del antiguo mimo. Son extraños por completo, no están vinculados de ningún modo al séquito de los nobles y no es la suya una vocación honorable, sino que se les clasifica junto a los bribones y las prostitutas. Esa gente poseía ya una organización independiente y una solidaridad de grupo, mientras que los poetas, que participaban del "status" y el rango de sus iguales nobles, adquieren considerablemente más tarde una conciencia clara de sí mismos.

Muy peculiar es la posición de los trovadores y los *minnesingers* (31 bis). No son extraños en la jerarquía feudal, aunque no pocos de ellos son caballeros pobres o arruinados, en situación marginal. El origen de su nobleza es importante, pues algunos la deben a su nacimiento, mientras que

(30) El "scop" anglosajón es un hombre libre que actúa en el "hall" del príncipe. Generalmente, pertenece al séquito feudal de su señor, visita otras cortes y llega a ser un confidente del príncipe. Su arte es más considerado que un simple oficio. Sus patrones recompensan sus cantos con anillos de oro y él prefiere visitar a los que aprecian sus cantos y hacen llover dádivas sobre él. Al mismo tiempo, puede poseer tierra por herencia. Las fuentes no aclaran por completo si presta, o no, servicio militar.

(31) Paula Kronheimer, "Grenzglieder des Standes", *Kölner Vierteljahrshefte*, vol. VI, núm. 3, 1927.

(31 bis) Grupo de poetas líricos alemanes, cuyo principal tema de composición fué el amor (*Minne*: amor; *Singer*: cantor; *minnesang*: sus poemas). (*N. del T.*)

otros descenden de los llamados *ministeriales* (32). Schulte, cuyos estudios son muy importantes para el tema, observa que estos poetas están generalmente agrupados de acuerdo con su "status". Así, el manuscrito de canciones de Heidelberg incluye en su lista de poetas, primero, al emperador; luego, a los príncipes, condes, barones, ministeriales y caballeros; el último grupo comprende a la aristocracia urbana el clero, los letrados, los cómicos y los burgueses. Tal es la jerarquía en el siglo XIII (33). El valor del hecho aquí señalado es que, en tanto que el poeta está bien identificado con su rango y su "status", el refinamiento y la cultura empiezan a convertirse en agentes de nivelación, hasta el punto de que los príncipes y otros notables se enorgullecen ya de contarse en las filas de los *trouvères* (34). Por otro lado, los caballeros de condición modesta encuentran cierta compensación social al ser calificados de poetas, en la medida en que la preparación cultural es ya un factor de avance social. Que la forma poética depende del "status" del poeta está bien demostrado por el hecho de que Walther von der Vogelweide, un caballero de posición marginal al que las circunstancias de la vida le hicieron derivar por la dirección de los seglares errantes, es el primero en introducir sus poemas sentenciosos y morales en la poesía cortesana. El encadenamiento entre la forma del arte y el rango social es todavía directo y claro; es sólo en períodos posteriores cuando la significación social de la forma ya no es comprensible sin el rodeo de un análisis sociológico (35). Podemos seguir las huellas del variante estilo lite-

(32) Siervos empleados como hombres de confianza en la casa del señor. (*N. del T.*)

(33) A. Schulte, "Standesverhältnisse der Minnesinger", *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, vol. 39, págs. 185-251, 1895.

(34) F. C. Diez, *Die Poesie der Troubaduren*, Leipzig, 1883, y *Leben und Werke der Troubaduren*, 1883.

(35) Veanse K. Y. Holzknecht, *Literary Patronage in the Middle Ages*, 1923, y Y. C. Mendenhall, *Aureate Terms; A Study in the Literary Diction of the Fifteenth Century*, 1919. Se debe recordar la poca estimación en que eran tenidas las bellas artes,

rario, desde sus principios hasta el cenit de la poesía lírica cortesana, en la variación gradual de la posición social de su autor. Schulte advierte que el estilo primitivo es el característico de la nobleza territorial estricta, mientras que el posterior período culminante se convierte en la era de los poetas de la baja nobleza y de las filas de los ministeriales; en una palabra: la influencia predominante se traslada de una capa social estacionaria a otros grupos relativamente móviles. Schulte observa acerca del período primitivo:

"Exceptuando las épocas de guerra, la nobleza permanecía junto a su suelo; los barones vivían en sus tierras y el orden de los ministeriales atendía a sus servicios. Esta es la razón de que los poetas del primer período fueran más sedentarios que los de la época culminante. Los documentos hablan sólo de un barón que viajaba, de H. von Veldecke. La corte de Cleves fue la primera de que tenemos noticia de haber albergado a un noble cantor errante. ¡Qué diferente es todo esto más tarde! Sabemos que Reimar, Walther, Wolfram, Nithart, Zwieter y Tannhäuser vivieron y compusieron versos en las cortes que regían otros señores que su señor natal. ¿Fue un impetuoso impulso de errar lo que llevó a esos vasallos lejos de su feudo, o fue la pobreza la que hizo un poeta del caballero errante?" (36).

Vemos aquí las dos formas de movilidad social actuando, si utilizamos las categorías de Sorokin: el estímulo y la conmoción de la movilidad vertical y la expansión horizontal del mundo visto y experimentado. Los caballeros que todavía se mantenían entre sus iguales, pero que, sin embargo, no estaban lo suficientemente seguros para quedar inmunes a la nueva experiencia, son los errantes y aventureros que abren perspectivas nuevas dentro de la jerarquía feudal. El viajar es fuente de nuevas experiencias sólo para aquellos cuya posición social está ya descongelada. El noble

y en particular las artes plásticas, en el mundo antiguo, ocasionada por el *status* esclavista de los que las practicaban. Véase Zilsel, *ob.*, cit., pág. 112.

(36) Schulte, *ob.*, cit., pág. 247.

que viaja por placer, y no tiene necesidad de establecerse a cada paso, siente sus experiencias sobre las gentes y costumbres nuevas como una variante de sus observaciones acostumbradas. Sólo el viajero que abandona su medio social y su posición, para encontrar otros nuevos, descubre las alternativas y adquiere un horizonte nuevo. Así es como los caballeros relativamente independientes y errantes llegan a ser los portavoces de una concepción de la vida reflexiva y multidimensional. El hecho de que no fueran por completo unos extraños, sino que tuviesen todavía una posición feudal y hablasen aún la lengua de sus ideales, les aseguró el poder ser oídos y la influencia en la sociedad feudal (37).

Hemos señalado ya la diferenciación social de los *minnesingers*. La distinción contemporánea entre canciones de amor mayores y menores tiene relación con esa diferenciación. Los nobles de posición cultivaban el “alto canto de amor” (*hohe Minne*), mientras que Walther y sus compañeros de baja nobleza, no sólo adoptaban formas populares, sino que también se atrevían a reivindicar el amor de las doncellas del pueblo. Esto señala una actitud nueva, más bien que un cambio de conducta, pues no debemos suponer que el hacer el amor con las muchachas de nacimiento común se originase con Walther. Así, la nobleza de rango inferior aclimata una forma de afecto, más natural, pero ya espiritualizada, como contrapartida al amor convencional de las capas cortesanas de la sociedad. Este es uno de esos casos en los que las distintas normas de juicio de los capas sociales diferentes se funden en el esquema conceptual de un grupo móvil, que forma parte de las dos capas y comparte sus actitudes. Los códigos diferentes, por sí mismos, no chocan en tanto que las capas sociales que los practican no se funden. Las situaciones de conflicto sólo aparecen cuando los grupos en movimiento que sirven de tope, retrocediendo desde arriba o ascendiendo socialmente, llegan a ligarse a ambas capas y a adoptar sus valores. Son

estas situaciones marginales las que proporcionan una comunicación a los mundos, anteriormente discontinuos, creados por una “intelligentsia” genuina.

Hemos hecho referencia al *clero*, el grupo predominante de letrados de la Edad Media, a su organización compacta y a su peculiar tipo de saber. Ahora tendremos que dirigir nuestra atención a la estructura intrínseca del clero, particularmente cuando refleje el diverso trasfondo social de sus miembros. Un grupo compacto intenta, lógicamente, desarrollar un *sprit de corps* unitario y neutralizar los efectos de las diferentes orientaciones sociales que sus miembros introducen en él. La burocracia posterior muestra la misma tendencia. Ni mucho menos una *diferenciación secundaria* como la llamaremos, dentro del grupo, puede reflejar algo de la diversidad original fuera de él. Es importante, por tanto, hacer balance de la composición social de una “intelligentsia” monolítica. Para este menester podemos acudir al importante trabajo de Schulte, en primer lugar, y a obras de Stutz, Kothe y otros, todo lo cual está útilmente resumido por Verminghoff (38), que es nuestra fuente primaria en la exposición que sigue.

La Iglesia primitiva mantuvo la doctrina de Cristo de la igualdad religiosa y no reconoció las jerarquías seculares en la comunidad cristiana. La práctica de esta doctrina original, propia de clases inferiores y oprimidas, experimentó modificaciones cuando la Iglesia llegó a establecerse en las sociedades altamente diferenciadas, particularmente en las zonas germanas. La misma Iglesia introdujo una gradación en los rangos del clero con la creación de las Ordenes seculares y monásticas. Esta distinción se hizo más aguda cuando se asoció con la diferenciación de tipo feudal. Al resumir la historia social de la jerarquía eclesiástica Verminghoff señala:

“El clero, siempre y desde el principio, abrió sus filas

(37) *Ibid.*, *ibid.*, pág. 249.

(38) Albert Verminghoff, “Ständische Probleme in der Geschichte der deutschen Kirche des Mittelalters”, en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Kanonische Abt.*, vol. XXXII, Weimar, 1911.

a los hombres libres, y, entre ellos, a aquellos que estaban más cerca de los nobles libres por nacimiento. Más tarde, la baja nobleza encontró también acceso a los cabildos, monasterios y claustros; por último, les siguieron los burgueses. A partir del siglo xi, el clero alemán ofrece una imagen de diversidad" (39).

Kothe llega a conclusiones similares en su estudio del clero de Estrasburgo durante el siglo xiv.

Toda sociedad pretende conservar su esquema de organización no sólo por medio del derecho y de las instituciones, sino también por una apropiada asignación de las posiciones dominantes. Si esto es aplicable a la sociedad democrática, lo es más aún al orden feudal, en el que la nobleza domina, a la vez, las posiciones clave seculares y eclesiásticas. Las últimas se convirtieron en instituciones desde que los obispos y arzobispos llegaron a ser prerrogativas de los nobles de libre nacimiento. Los monasterios de la nobleza feudal recibían a los hijos e hijas de los príncipes y de los condes, pero cerraban sus puertas a personas de los rangos ministeriales, a los caballeros feudatarios y a los hijos de los patricios. Este desarrollo empezó ya con el Imperio Merovingio. Estas exclusiones podrían haber perpetuado la ocupación por parte de ciertas familias de la jerarquía eclesiástica, de no haber sido por la institución del celibato. De hecho, el predominio de las clases feudales en la Iglesia estaba ya en decadencia en el siglo xv; alrededor de 1427, los monasterios feudales renunciaron a su política de puerta cerrada, y después de 1516 admitieron a la gente del pueblo.

El cuadro de Werminghoff, reproducido aquí, proporciona una buena ilustración de lo que precede.

TITULARES DE LOS OBISPADOS

Según W. Pelster y J. Simon. cf. Schulte, págs. 67 y 349. Provincia eclesiástica de Colonia, con Lüttich, Utrecht, Münster, Osnabrück y Münden; provincia eclesiástica de Mainz, sin Praga ni Olmütz, con Worms, Speyer, Estrasburgo, Chur, Augsburgo, Bam-

(39) Werminghoff, ob., cit.

berg, Halberstadt, Hildesheim, Paderborn, Verden. (Otras provincias eclesiásticas, en territorios alemanes: Trier, Hamburgo - Bremen, Magdeburgo, Salzburgo.)

SIGLOS	9	10	11	12	13	14	15	TOTAL
Barones	44	51	68	107	126	128	77	601
Nobles supuestamente libres	18	17	49	30	2	—	—	116
Ministeriales	—	—	2	2	31	47	44	126
Dependientes	2	—	3	—	—	—	—	5
Burgueses	—	—	—	—	2	17	3	22
Extranjeros	—	—	1	—	—	3	1	5
Desconocidos	42	39	31	22	8	7	3	152
	106	107	154	161	169	202	128	1027

Bibliografía:

Aloys Schulte, *Der Adel und die deutsche Kirche im Mittelalter*, Kirchenrechtliche Abhandlungen, Heft 63-64. Stuttgart, 1910.
Albert Werminghoff, "Ständische Probleme in der Geschichte der deutschen Kirche des Mittelalters", en *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Reichsgeschichte*, ob. cit.

El cuadro describe dos tendencias significativas: la democratización gradual de la jerarquía eclesiástica y, lo que es más importante, la ascensión de los ministeriales, cuyo auge social sobrepasa al de cualquier otra clase medieval. Son de origen independiente, pero, como servidores de confianza de los señores, ocupan posiciones de influencia y poder. En el siglo xi poseen un patrimonio propio, sirven en el Ejército y son utilizados como oficiales, acuñadores y cambistas. Su "status" ambivalente, como hombres dependientes, y, a pesar de ello, detentadores de poder, cambia gradualmente cuando los nobles de nacimiento libre se unen a sus filas. Al final, también ellos encuentran entreabiertas las puertas de las dignidades eclesiásticas. Werminghoff subraya el interesante hecho de que la jerarquía eclesiástica siguió pronto la política, adoptada también por la monarquía absoluta posterior, de neutralizar las ventajas territoriales de los clanes nobles, utilizando hombres del pueblo. Sin embargo, la preponderancia feudal en la jerarquía, que empezó a decaer en el siglo xi, termina

sólo en el siglo XIX, cuando la Iglesia abrió sus puertas a todas las clases.

Aunque el clero no estuvo enteramente libre de la diferencia secundaria de tipo feudal, la Iglesia fué capaz de crear una intelligentia bien amalgamada y disciplinada. Su lugar en el orden social fué claramente definido, y todos los clérigos, sin tener en cuenta su trasfondo social, fueron distinguidos con los *privilegia competentiae, immunitatis, canonis et fori*. El celibato excluyó la posesión hereditaria de las dignidades y también ayudó a crear una mentalidad unificada en el clero y evitó que las medidas de la ambivalencia social, que se abrieron paso dentro de la jerarquía, quebrantaran la unidad de la Iglesia.

La fase inmediata en la formación de una "intelligentia" literaria está caracterizada por dos grupos: los *humanistas* y los *maestros cantores*.

La relación simbiótica entre los *humanistas* y la sociedad reinante fué de dos tipos: o bien vivían protegidos por patronos o encontraban empleos en las universidades y cancellerías. En los dos casos su existencia era la de favoritos que dependían de los caprichos de su patrón, a lo que el clero eclesiástico, en cambio, era comparativamente inmune (40). Los humanistas encontraron alguna compensa-

(40) Desde 1500 las universidades fueron el escenario del choque de dos generaciones de humanistas. La generación más antigua era de tipo patricio; en ella encontramos a Semlinger, Pirckheimer, Erasmo y Reuchlin. Los humanistas jóvenes, los "poetas", eran principalmente bachilleres errantes, verdaderos mercenarios, que prodigaban alabanzas o invectivas de acuerdo con las oportunidades de patronazgo. El último tipo, según Joachimsen, era el predominante en Alemania, aunque su poesía lírica no logró la aceptación de la sociedad respetable.

El empleo en las cancellerías ya ofreció un grado mayor de independencia. Originalmente, fué el dominio de los sacerdotes eruditos. Durante el siglo XVI, el auge del derecho romano eleva la influencia de los juristas en las cancellerías. Allí, pronto desarrollan las características conocidas de los especialistas que tratan de hacerse indispensables; oscurecen la naturaleza de sus funciones y adquieren la arrogancia típica de los que poseen exclusivamente alguna destreza especial. La máquina burocrática se presta a tal

ción a su falta de seguridad en las relaciones sociales existentes entre ellos por medio de cartas o de visitas. Este intercambio privado ocupa el lugar de los conductos internacionales de comunicación que la Iglesia solía proporcionar a sus hombres de letras. Las relaciones sociales de los humanistas sirvieron, a la vez, como cámara de intercambio del saber y como agencia de asignación de posiciones de prestigio. Fueron estos conductos los que gradualmente consolidaron una opinión pública hasta entonces flúida, para usar la expresión de Tönnies. Pues la opinión no cristaliza en el público, como tal, o en los grupos literarios, sino en la retícula existente en las asociaciones concretas. El auge de estas asociaciones cobra impulso al mismo ritmo que decaen los conductos formales de opinión—gremios, parlamentos de las ciudades, asambleas feudales (41)—. Los círculos íntimos de los humanistas llevan el sello de una necesidad vocacional y literaria, y con mucha frecuencia se parecen más a organizaciones reducidas para objetivos ulteriores que a relaciones sociales profundamente sentidas, cuya máscara algunas veces adoptan (42). Estas agrupaciones elásticas e informales no restringen, y a menudo alientan,

superchería por el uso de una jerga esotérica y la adopción de complicados procedimientos, que hacen al conjunto de las cosas incomprensible para el que no está iniciado en ellas. Ver las excelentes observaciones de von Steinhausen, *Geschichte der deutschen Kultur*.

(41) He promovido un estudio de la formación de la opinión pública en una pequeña y antigua ciudad alemana. Las encuestas ya efectuadas indican que un "público" organizado sobreviene aún en una comunidad de tipo tradicional, mientras que en Berlín se ha desvanecido. Una vez que un autor se establece en una comunidad compacta, puede seguir contando con su favor, mientras que, en un medio completamente abierto y flúido, el público se forma y responde en cada caso concreto, y sigue estando abierto a la aparición de nuevos meteoros, sin tener en cuenta a sus favoritos anteriores. La aparición de públicos organizadores, como la comunidad de los teatros y del teatro de la política, representan tendencias de compensación.

(42) Albert Salomon, *Der Freundschafstskult des Humanismus*, tesis doctoral no publicada, Heidelberg, 1921.

determinados rasgos que caracterizaban a los humanistas, como la extravagancia, el autodramatismo público y la servidumbre extremada con respecto a su patrón.

El *meistersang* es una manifestación democrática cultivada por el hombre del pueblo que no abandona su condición, sino que, por el contrario, introduce su significado en el arte. En cierto sentido, los maestros cantores forman una minoría, no sólo en virtud de su "maestría" en ciertas formas (43), sino también por el hermetismo deliberado del grupo (44). Aquí, de nuevo, el lenguaje proporciona una clave. El lenguaje corriente es deliberadamente evitado y se fijan sanciones para "cualquier cosa no compuesta o cantada en alto alemán, tal y como es usado por el doctor Martín Lutero en su traducción de la Biblia o por las cancellerías de los príncipes y señores" (45). La repulsa de opiniones falsas, supersticiones y expresiones no cristianas y el uso de las palabras latinas "contra grammaticae leges" pone de manifiesto el origen humilde de esta "intelligentia" y su deferencia hacia los humanistas. Se puede percibir una falta de seguridad en sí mismos en la devoción a las reglas, en el temor a las improvisaciones y en el cálculo en voz alta de las sílabas durante la representación, un error que era mantenido contra el cantor (46).

Vemos en esta disciplina autoimpuesta del hombre del pueblo la contrapartida de la excesiva licencia de una "intelligentia" inestable, que tiende a preferir la novedad y el *imprévu* a la seguridad de la costumbre establecida. Como salvaguarda contra las improvisaciones, los maestros

(43) Los maestros cantores fueron los compositores, errantes o burgueses, de versos didácticos, desde el siglo XIII. Eran distinguidos de los profanos que no tenían preparación para dominar el canto. Ver Stammer, *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*, ob., cit., art. "Meistersang".

(44) Había 250 maestros cantores en Nürenberg en 1540; los nombres de 262 fueron conocidos en Augsburg entre 1535 y 1644.

(45) C. May, *Der Meistersang*, Leipzig, 1901.

(46) La situación cambió desde 1500, cuando Hans Fols consiguió, después de acalorados debates, hacer aceptar nuevos "tonos".

cantores procuraban oponerse a la publicidad, lo mismo que los gremios protegían sus oficios de la libre competencia. Aunque las competiciones que celebraban eran públicas, la circulación de los 'mastersongs' impresos estaba prohibida.

Existen varios tipos intermedios entre esta "intelligentia" de las clases medias y bajas y los intelectuales libres de la burguesía liberal de un período más reciente. Nos ocuparemos de las diversas formas de amalgamación en las que estos nuevos grupos aparecen.

Después de la decadencia de las clases medias urbanas, las cortes de los monarcas se convirtieron en los centros de un feudalismo resucitado y en los emplazamientos de una "intelligentia" nueva, formada por la nobleza, con la presencia, o sin ella, de la burocracia naciente, según los casos. El humanismo, entre tanto, se hizo cada vez más cortesano y convencional. Oficiales, clérigos, hombres de letras y nobles que habían perdido sus funciones militares después de caer en desuso los ejércitos mercenarios se convirtieron todos en los favoritos del príncipe y dependieron de él. La aristocracia, con la excepción de la nobleza territorial (47), constituyó ahora una "clerecía" cortesana, siendo la corte el centro de todas las aspiraciones y oposiciones. La línea de demarcación anterior entre la sociedad y la minoría urbana ya no existía; por el contrario, la ciudadanía, sin rango ni "status", era ahora de poca importancia. Los intelectuales han sido unos extraños solamente desde las revoluciones de la burguesía. La afectación anterior al advenimiento de la burguesía es una adherencia del "status" y del nacimiento que no existe fuera de la sociedad con título de nobleza. El hombre de mundo que encarna el ideal del tiempo desempeña cualquier papel que merezca la pena, y el ideal es modelado no sólo sobre el poeta, el

(47) Max Weber subraya el papel preponderante de la nobleza territorial inglesa y de las clases tituladas de ingresos independientes que, en conjunto, formaron la alta sociedad en la historia de la cultura y el saber de Inglaterra. Véase su *Politik als Beruf*, página 21.

artista o el erudito, sino también sobre el funcionario y, en último lugar, pero no de menor importancia, sobre el político. Una de las encarnaciones conocidas de este paradigma es el gentilhomme viajero, cuyas ocupaciones van desde la política a la bellaquería, que está bien enterado de los asuntos mundanos, los galantes y los otros, y siempre continúa siendo un impecable caballero. Ni el mundo del campo ni la cultura dispersa de las clases medias urbanas pueden competir con la fuerza creadora y el magnetismo de los núcleos cortesanos. No es extraño, porque éstos constituyen los focos vitales de una organización social nueva y de un nuevo sistema político, cuidadosamente equilibrado por el monarca. Alternativamente, él eleva a hombres del pueblo a las alturas y a las filas de la nobleza o compensa a los nobles, desposeídos o políticamente chasqueados, negando los nombramientos militares a los hombres del pueblo. La corte de Luis XIV establece un ejemplo que los príncipes alemanes asimilaron muy bien.

Un tipo diferente de "intelligentsia", de alguna importancia, aparece después del Renacimiento en un número creciente de sociedades restringidas y semiformales. La Academia Florentina della Crusca establece el modelo original que siguieron numerosas "sociedades de la lengua" en Italia, Suiza, Holanda y Alemania. Estas sociedades estaban compuestas tanto por los diversos rangos de la aristocracia como por los hombres de letras y los del pueblo con preparación intelectual, todos ellos con un príncipe como patrón (48). Los poetas eran bien mirados, pero mucha de la poesía circulante no era otra cosa que adulación rimada.

(48) Ernest Manheim, *Die Träger der Öffentlichen Meinung: Studien zur Soziologie der Öffentlichkeit*, Leipzig, 1933, pág. 81. La "Fruchtbringende Gesellschaft" (Sociedad frutal) se componía en 1662 de un rey, tres príncipes electores, 49 duques, 4 margraves, 10 landgraves, 8 condes palatinos, 19 príncipes, 60 condes, 35 barones y 600 nobles, eruditos y "notables sin título". La sociedad incluía funcionarios, juristas y oficiales del ejército, pero, de los 800 miembros, sólo dos eran clérigos.

Aunque los hombres del pueblo desempeñan un papel subordinado en esas sociedades de la lengua, sería un error no ver en ellos el auge de una amplia y comprensiva orientación social, que trasciende el horizonte feudal, hacia una primitiva forma del consensus nacional. El príncipe Luis, el patrón de la mejor conocida de estas sociedades de la lengua, la "fruchtbringende Gesellschaft" de Köthen, rechazó la sugerencia de convertir a la hermandad en un orden exclusivo de caballeros, en razón de que la sociedad "está únicamente interesada en la lengua alemana y las buenas costumbres, y no en la conducta caballeresca..." (49) Completamente sorprendente, en una sociedad compuesta mayoritariamente por nobles, es el énfasis sobre la práctica de virtudes tan burguesas como la sinceridad, la confianza mutua, la igualdad, la simplicidad, la conducta "natural", la continencia, la veracidad, la objetividad y la tolerancia (50). Al dirigirse los unos a los otros, los miembros solían utilizar sus nombres, en vez de sus títulos. Las publicaciones aparecían anónimamente, bajo el título de la sociedad o el seudónimo del autor, con el fin de dirigir la atención del lector hacia el trabajo, en lugar de hacia la persona o su rango. Los diálogos alegóricos parecen pesados y amanerados, pero demuestran claramente el molde en desarrollo donde se estaba fundiendo una mentalidad impetuosa e inexperta. Las *Conversaciones para mujeres*, de Harsdörffer, ejemplariza perfectamente el esfuerzo para crear la convención de un discurso civil para gentes aún profundamente hundidas en la rudeza de la sociedad provincial (51). Hoy en día los folletos publicados por esas sociedades y los archivos de sus coloquios socráticos nos sorprenden por su afectación y engrandecimiento, pero no deberíamos subestimar la función social de esos ejercicios cere-

(49) *Der fruchtbringenden Gesellschaft Namen, Vorhaben, Gemähle und Wörter*, Frankfurt, a. M., 1646, cita de E. Manheim, ob., cit., pág. 82.

(50) E. Manheim, ob., cit., págs. 81-84.

(51) Véase Joseph Nadler, *Literaturgeschichte der deutschen Stämme und Landschaften*, vol. II, págs. 180 y s., 1929.

moniosos. Inculcaron unas normas de conducta democrática a una sociedad parroquial, agudamente dividida. Cultivaron la lengua vernácula de la burguesía y enseñaron a acoger con indiferencia a las personas y la cuna en los asuntos de interés común. Y, lo más importante: establecieron conductos de comunicación entre las clases y congregaron a las minorías locales que aprendieron a utilizarlos.

Por importante que fuera el papel de esas sociedades, como escuelas primarias para los posteriores portavoces literarios de la burguesía, se convirtieron en objeto de crítica y de burla tan pronto como una "intelligentsia" emancipada y segura de sí misma, procedente de esa clase, empezó a levantar su voz en público. La repulsa del artificio y del amaneramiento es, fundamentalmente, una protesta de polluelo que ya puede volar contra la continuación de la tutela paternal. Las salvas abiertas por Boileau contra el Barroco resuenan de un extremo a otro del norte y centro de Europa, dondequiera que las clases medias con conciencia propia buscaran un medio no político para proclamar sus aspiraciones. Sus expresiones proporcionan el denominador literario común para semejantes tendencias de oposición: *Aimez la raison, le faux est toujours fade, ennuyeux, languissant. Rien n'est beau que le vrai; c'est elle seule qu'on admire et qu'on aime* (52). La aversión actual hacia la supercultura y la pedantería está motivada aún por la misma tendencia social que expresaba Boileau.

La oposición al Barroco cortesano, sin embargo, no vino sólo desde fuera. La corte misma se convirtió en la morada de una "intelligentsia" nuevamente amalgamada que, sin constituir una oposición por principios al trono, aflojó la presa de la influencia de la corte sobre la gente culta. Ocupre en los salones, los últimos subproductos de la vida cortesana, cuya diversidad de visitantes proporciona la transición desde la cultura de tipo cortesano a la urbanidad burguesa.

Los salones, en sí, no son creaciones de la época mo-

(52) Véase W. Stammeler, *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*, Berlín, 1925-31, pág. 123.

derna. En cierto sentido, se puede hablar de los salones de la antigüedad, si el Liceo, el grupo que se congregaba en torno a Aspasia, puede ser considerado como lo hace Feuillet de Conches (53). Podemos añadir las reuniones feudales de las cortes de Provenza, las cortes de Renacimiento italiano (Beatriz d'Este, Isabel de Mantua y Lorenzo el Magnífico) y la sociedad de mujeres de mundo (Vittoria Collonna, Margarita de Navarra), para no citar las diversas sociedades literarias inglesas (54). Pero el salón clásico tiene su origen en la corte francesa.

La rígida etiqueta y el formalismo público del salón de recepciones de la corte crean, casi naturalmente, un deseo de reuniones íntimas, "entre bastidores". Estas reuniones proporcionan un escape para la murmuración, la intriga, el resentimiento y los diversos impulsos que la etiqueta de la corte inhibe. La marquesa de Rambouillet inició la moda cuando fragmentó su salón en cámaras y alcobas lo suficientemente pequeñas para limitar cada reunión a dieciocho personas. La arquitectura colosal cedió el paso a la decoración atmosférica de las habitaciones más pequeñas, una de las cuales era la famosa *Chambre bleu d'Artenice* (55).

El interesante estudio de Tinker, sobre el papel literario que desempeñaron los salones, indica sus características principales. Acabamos de mencionar la primera: la *intimidad local*. La segunda es la *influencia de la señora de la casa*, que favorece al talento, sin tener en cuenta el nacimiento, y consigue un alto nivel en la reunión. La primacía de la distinción intelectual está perfectamente ejemplarizada por el reconocimiento de Voiture, el hijo de un mercader en vinos, conseguido en el círculo de la marquesa de Ram-

(53) F. S. Feuillet de Conches, *Les salons de conversation au XIII^e siècle*, 1883.

(54) Para los salones ingleses pueden verse Chauncey B. Tinker, *The Salon and English Literature; Chapters on the Innerrelations of Literature and Society in the Age of Johnson*, New York, 1915, págs. 22-29. Ver también "The Warwickshire coterie", *Cambridge History of English Literature*, vol. X, 1914, págs. 307 y siguientes, y Valerian Thornius, *Salons*, New York, 1929.

(55) Tinker, ob., cit., pág. 24.

bouillet. Esta actitud abierta es particularmente característica de los salones del tercer estado, como el de Mme. de Geoffrins, hija de un "valet de chambre". El secundario papel de la riqueza en estos salones de la burguesía está perfectamente claro; se dice que a cierta Mme. du Deffand le faltaban medios para invitar a sus huéspedes a comer. La tercera característica del salón es, según Tinker, la *conversación* literaria, filosófica o crítica, que se solía celebrar como secuela de representaciones teatrales, sermones o lectura de poemas y ensayos. Estas fueron las ocasiones que hicieron surgir la crítica improvisada, la forma breve, la *bon mot* y el epigrama.

El *amor platónico* constituye una cuarta característica. Su blanco es, naturalmente, la señora de la casa, cuyo papel catalizador es decisivo para la conversación. Su tipo social está bastante alejado del de la matrona de una familia patriarcal y del de las reticentes amas de casa de las capas puritanas. La atmósfera cargada de erotismo es sintomática, no sólo en los salones, sino en la literatura y el arte de la época. La quinta característica es el *prominente papel de las mujeres*, particularmente el de la señora de la casa (56). Es, como una excepción, una mujer madura, y es considerada la estrella brillante del salón, sin llegar a ser una mujer sabia.

La sexta y más importante de las características del salón mencionadas por Tinker es su oportuno papel como *mediador entre la vida y la literatura*. Esto es importante en una época en la que el patronazgo de los príncipes está en mengua y el público democrático no está todavía formado. El salón llena ese hueco y se convierte en el heredero de las funciones de protección y promoción que anteriormente tenía la corte. El salón ofrece a los autores y a los artistas la oportunidad de encargos, estímulos y el acceso a un público selecto. De este modo, los salones sirven de campo donde aparece la demanda literaria y como cámara de intercambio y mercado para los productos de los escritores

(56) Valerian Thormius llama al salón del Rococó "un reino de la mujer" (ob., cit., pág. 122).

independientes. Uno después de otro, los escritores, que ya no pueden seguir contando con el patronazgo, encuentran posibilidades para establecer contactos con los editores, los agentes del público anónimo que va apareciendo, y para familiarizarse con la fluctuante demanda. Esta situación, tan nueva, da al autor una concepción también nueva de sí mismo: encuentra a su patrón actual, el público, como a un igual social y desdeña la dependencia permanente de un único patrón; tanto es así, que d'Alembert pudo proclamar: "les seuls grands seigneurs dont un homme de lettres doive désirer le commerce sont ceux qu'il peut traiter et regarder en toute sûreté, comme ses égaux, comme ses amis" (57). Una señora con salón, que disponga de bienes, otorga fondos, pensiones privadas y albergue, y paga la factura del impresor, sin humillar al escritor ni arrebatarle su independencia.

Esta época excepcional de los salones constituye un punto crítico en el desarrollo del público desde el tipo feudal al tipo democrático. Los salones conservaron sus funciones sociales y literarias sólo mientras que el público continuó siendo una entidad tangible, de proporciones accesibles. En una democracia de masas el centro de la selección va derivando, gradualmente, desde las pequeñas reuniones al público anónimo. Los salones, además, constituyen el ámbito de aquellos poetas y artistas que se han emancipado de las clases superiores y no forman alianza con las inferiores, sino que intentan mantener una existencia libre e independiente. Durante algún tiempo, los salones son capaces de impedir la desintegración social de la "intelligentsia" creadora, pero cuando una naciente sociedad de masa absorbe por completo esos enclaves literarios, los intelectuales empiezan a derivar cada uno por su lado. Cada

(57) D'Alembert, *Essais sur la société des gens de lettres*. Beljame caracteriza el círculo vicioso de los poetas que dependen de la corte como sigue: "c'est un cercle vicieux: plus ils ont besoin de la cour, plus ils s'abaissent, et plus ils s'abaissent, moins la cour fait pour eux". *Le public et les hommes de lettres au XVIII^e siècle*, 1881, pág. 223.)

vez más, pierden sus contactos anteriores con la sociedad, de tal forma que, en el siglo XIX, la mayoría de ellos llevan una existencia de aislamiento social. Y esta existencia marginal en una sociedad de masas hace aparecer nuevas formas de amalgamación: las tertulias bohemias, y las más importantes: los *cafés*.

Los cafés tienen su origen en el Cercano Oriente, desde donde alcanzan el Occidente por la ruta de Constantinopla, Viena y ciudades portuarias como Hamburgo y Marsella (58). En Londres, el café hace su primera aparición en 1652; el primer café de París fué abierto cerca de la Bolsa en 1671. Su rápida propagación por Inglaterra nos da idea de sus nuevas y oportunas funciones: los cafés llegaron a convertirse en los primeros centros de opinión de una sociedad parcialmente democratizada (59). Los periódicos estaban aún en su infancia. Publicaciones periódicas, parecidas a los actuales diarios, habían circulado desde 1662, pero estaban censuradas, y el hábito de leer no se había establecido aún. El café, por otro lado, ofrecía un lugar para la libertad de expresión, donde se leían panfletos y se pronunciaban discursos (60). El potencial político

(58) Para lo que sigue, véase H. Westerfrölke, *Englische Kaffeehäuser im Zeitalter Boydens und Addisons*, Jenaer Germanistische Forschungen núm. 5.

(59) Véase, para lo que sigue, Beljame, ob. cit., págs. 172 y siguientes.

(60) Addison, en el *Spectator* (núm. 403), describe humorísticamente el ambiente de los cafés de Londres: "Conozco las caras de los principales políticos de cada distrito; y cada café tiene algún hombre de estado particular, que es el portavoz de la calle donde vive. Yo tengo cuidado siempre de colocarme cerca de él, con el fin de conocer sus enjuiciamientos sobre el actual estado de cosas... Ante todo, entré en St. James, donde encontré la sala exterior completamente llena con el murmullo de la política; las especulaciones eran bastante vagas en las inmediaciones de la puerta, pero se precisaban más conforme se iba avanzando hacia el último rincón de la sala, y fueron tan perfectas en un círculo de teóricos..., que oí allí disponer de toda la monarquía española y proveer a toda la rama borbónica en menos de un cuarto de hora." Citado por John Timbs, *Club Life of London*, vol. II, London, 1866, págs. 39 y s.

del café resultó evidente en la Revolución francesa (61). La influencia de los cafés en la opinión política llegó a ser tan acusada, que en 1675 se promulgó una ordenanza para terminar con ellos. Pero la institución estaba ya firmemente consolidada y la ordenanza tuvo que ser retirada. El desarrollo subsecuente de los cafés tomó un característico curso en Inglaterra: se transformaron en *clubs* políticos (62). En vez de seguir su desarrollo hasta el final, detengámonos en el café como un nuevo centro de amalgamación de grupo.

Evidentemente, estos lugares deben su importancia a la democratización de la sociedad y de sus minorías. Mientras que los salones ejercieron una influencia democratizadora, sobre una sociedad semifeudal, reducida a pequeños grupos, la de los cafés fué casi por completo ilimitada. Y mientras que la entrada en los salones dependía de la presentación y de la aceptación social, las sociedades de los cafés llegaron a ser, al cabo, accesibles a cualquiera que compartiese sus opiniones. La base de la amalgamación consistía ahora, no en un estilo de vida común ni en las amistades comunes, sino en las opiniones análogas. Las

(61) Véase H. Cunow, *Politische Kaffeehäuser*, 1925, y Harold Routh, el artículo sobre "Steele and Addison" en la *Cambridge History of English Literature*, vol. IX, New York and Cambridge, 1913. Véase también N. G. Aldis, "Book Production and Distribution, 1625-1800", pág. 368, *Cambridge History of English Literature*, vol. XI, New York and Cambridge, 1914.

(62) "Los clubs conservaban muchas de las características de los cafés. Ante todo, la mayoría de ellos se fundaban en torno a opiniones comunes. Un club se unía en defensa de una traducción de Homero; otro, en defensa de la sucesión hanoveriana; un tercero, en defensa de los antiguos contra los modernos. Puesto que cada hombre tendió... a buscar su propia vinculación, las sociedades de caballeros adoptaron un carácter de facción, fueran los que fuesen sus intereses: literarios, políticos, económicos o filosóficos" (Robert Allen, *The Club of Augustan London*, Cambridge, Mass., 1933, pág. 34). Además, los clubs políticos, en particular, "eran frecuentados por hombres de cualquier rango y profesión, y cada grupo poseía su propio carácter y su propia misión" (ibid., págs. 34 y ss.).

metrópolis, que tienden a desarraigar al individuo de su medio original, hacen posible semejante tipo nuevo de integración anónima. La diferencia entre la asociación moderna y abierta y su primitiva precursora, la hermandad greco-romana, que unía a las personas sin tener en cuenta las relaciones familiares, ilumina la vasta distancia histórica que existe entre ellas.

La asociación moderna, que llega a su mayoría de edad en los cafés ingleses y franceses, no tiene en cuenta ni el rango ni los lazos familiares; es un producto de una sociedad de masas liberalizada en la que el individuo independiente y su opinión forman la base de las afiliaciones políticas. En cierto sentido, las tertulias de los cafés de finales del siglo XVIII y principios del XIX constituyen las asociaciones más libres de la historia occidental; en ningún otro tiempo fué la opinión tan fluida y tan socialmente independiente como en aquella época. A este respecto, el nacimiento de la sociedad de masas, con sus divisiones más rígidas y sus enfrentamientos de concepciones alineadas constituye una regresión. Volveremos a esto más adelante.

El individuo, como es natural, no era enteramente libre ni siquiera en los tiempos pujantes de la sociedad liberal; al reflexionar sobre el pasado, se puede siempre descubrir el origen social de la opinión. Ninguna sociedad ha establecido nunca una completa libertad para sus miembros ni nunca las ideas han sido concebidas en un vacío social. Realmente, la decadencia de los estamentos sociales antiguos, de tipo feudal, es simultaneada por la aparición de nuevas divisiones de clase.

Volvamos de esta digresión sobre los cafés al papel que desempeñaron los salones. Se mantuvieron como agentes de selección mientras que fueron capaces de funcionar como “ascensores” sociales y ejercer una influencia sobre las organizaciones claves del saber y de la formación de la opinión. El salón de la condesa de Louynes fué el último en tener influencia en las elecciones de la Academia de París (una influencia que aseguró la elección de Dumas, hijos, Sardou, Flaubert, Gautier, Mistral y Anatole Fran-

ce) (63). Además de eso, los salones retardaron el crecimiento de las minorías política y literaria e impidieron una plétora de intelectuales. El método puramente democrático de selección produce inevitablemente esa plétora en las sociedades en las que el escritor, el artista y el hombre de letras gozan de un *status* privilegiado, como ocurre en Alemania y en los países latinos. Los salones no sólo funcionaron como órganos de selección, sino que también sublimaron el proceso de ascenso social y, a través de su carácter simbiótico, asimilaron a los extraños a la sociedad y adiestraron a jóvenes promesas en la labor de dirección. Como es natural, los salones demostraron ser un conducto de dos puertas hacia la sociedad: una para el literato invitado y otra para la señora de la casa. Los salones hebreos de Berlín deben su existencia no sólo al hecho, citado por Mary Hargrave, de que los judíos encontraran una compensación a su impotencia política en la cultura de sus hogares (64), sino también al hecho de que las reuniones en los salones de mujeres como Henriette Hertz y Rachel Lewin eran ventanas abiertas a un mundo más grande y más variado.

Las conversaciones de salón reflejaron su carácter de transición, como terreno en que se reunían una aristocracia urbanizada y una mescolanza urbana en movimiento. Por el contrario, las reuniones festivas de los gremios eran asunto de una sola clase. Las fiestas de canto (*singfests*) o banquetes de taberna eran ocasiones de diversión con un orden del día previsto; se caracterizaban por la previsión y las convenciones comunes de una capa social, homogénea y con cohesión, de artesanos. El salón, en cambio, mezcló a los individuos de diversas condiciones, lealtades y concepciones. La aristocracia constituía aún un centro de gravedad, pero el clima intelectual y el carácter de la conversación formaron una réplica en miniatura de una

(63) A. Meyer, *Forty Years of Parisian Society*, 1912.

(64) Mary Hargrave, *Some German Women and their Salons*, London, 1912, pág. 55.

sociedad móvil y de competencia en la que el "status" ya no se heredaba, sino que se adquiría en un momento dado y se mantenía, con dificultad, hasta otro momento próximo. El coloquio era una oportunidad de conquista; el ingenio y los rasgos de originalidad iniciaban brillantes carreras y la habilidad para triunfar en el espacio de unos pocos minutos era la llave del éxito. Pero ningún triunfo duradero si no se convierte en seguida en un nombramiento o en un encargo del editor.

El salón nos sirve también de ejemplo para otra característica de la asociación moderna: sus pretensiones limitadas sobre el individuo. Otto von Gierke ha señalado el carácter de extrema intromisión de las corporaciones medievales y de los gremios. Sus funciones compuestas absorbían la personalidad enteramente y a una amplia gama de sus intereses: religiosos, legales, económicos y festivos. En cambio, la asociación moderna afecta al individuo tanencialmente, implica sólo intereses limitados, le deja relativamente libre y mantiene su situación indefinida. El mismo individuo discurre por muchas agrupaciones entrecruzadas, y es esta afiliación múltiple la que produce la personalidad diferenciada de a principios del siglo XIX (65). El individuo tiene salidas de escape, pues puede retirarse de un grupo a otro, y sus ligaduras a cualquiera de ellos son limitadas. El salón es uno de los primeros que establece una norma de conducta para una situación fluida e inspe-rada: donde no hay nada prescrito, se lleva el premio la respuesta acertada y la agilidad de ingenio, y donde las oportunidades son limitadas, pueden obtenerse sin rechinar los dientes.

No es por casualidad que los clubs conservadores de principios del siglo XIX, en Alemania, muestren aún reminiscencias de los gremios medievales o de la etiqueta de las reuniones de corte. Me refiero a clubs como el "Christlich deutsche Tischgesellschaft" y el "Tunnel an der

(65) G. Simmel, *Soziologie*, Leipzig, 1908, cap. X, págs. 710 y siguientes y 763 y ss.

Spree" (66). No encontramos en ellos nada de la falta de formalismo de los clubs políticos ingleses; el tono de las reuniones parece pesado, las sesiones se celebran con un orden previsto de oradores y se archivan las actas de las intervenciones pronunciadas (67). Aunque encontramos en estos clubs algunas características del salón, los funcionarios del gobierno y los liberales románticos, carecen de la fluidez y de la informalidad de sus versiones inglesas y el clima de los clubs conservadores de la época, en Alemania, no refleja aún las formas sociales de una sociedad de libre competencia.

En suma: los moldes especiales donde se amalgaman los intelectuales proporcionan una base importante para la comprensión de los papeles que desempeñan las capas sociales cultas en la sociedad, y, de cuando en cuando, esos moldes incluso ayudan a comprender el estilo de expresión prevaliente y la mentalidad que están desarrollando los elementos más articulados de la sociedad (68).

(66) Karl Mannheim, "Conservative Thought", *Essays on Sociology and Social Psychology*, ed. Paul Kecskemeti, London and New York, 1953.

(67) Algunas de estas intervenciones, en particular la de Heinrich von Kleist, fueron en seguida impresas por la *Berliner Abendblatt*. Ver R. Steig, *Kleist's Berliner Kämpfe*, 1901.

(68) Aludimos a este respecto la observación de Harold Routh, en la *Cambridge History of English Literature*, acerca del escritor inglés en general. Routh atribuye la característica facilidad de éste para escribir con claridad, sin caer en el escolasticismo ni la tor-tuosidad, a la influencia de los cafés de principios del siglo XVIII. Estos constituyen, como hemos dicho ya, las casas cuna de la cultura burguesa. Con anterioridad, incluso los autores de panfle-tos, utilizaban un estilo escolástico y alambicado, pues sólo se relacionaban con la letra impresa. El café, por el contrario, es el reino de la conversación. "El hombre cuyo espíritu está acostum-brado al intercambio de ideas es más adaptable y hábil que el que aprendió en los libros." Los cafés fueron los inconscientes impulsores de un nuevo humanismo, y sólo aquellos centros pu-dieron poner al escritor "en contacto con los pensamientos y sen-timientos de su tiempo".

C) LA "INTELLIGENTIA" Y LAS CLASES

La exposición precedente pudiera crear una impresión tendenciosa de la "intelligentsia", considerándola como un grupo engendrado y continuado por sí mismo, pues, hasta ahora, no hemos tenido en cuenta su dependencia con respecto a una sociedad más amplia. Esa correlación constituye nuestro presente tema.

En cierto sentido, los intelectuales son renegados que han abandonado la condición social de sus padres. Este hecho nos obliga a tomar en consideración las circunstancias de su desvinculación social y las correlaciones subsecuentes a la apostasía de su primitiva clase. Las oportunidades sociales nuevas para una "intelligentsia" se acrecientan dondequiera que una clase dominante resulta incapaz de desempeñar las funciones de dirección nuevas que van apareciendo. Esa es la ocasión para la ascensión selectiva de las clases intermedias, y fué en esas situaciones cuando los ministeriales pasaron a desempeñar un papel más preponderante y los elementos de la burguesía llegaron a las profesiones universitarias (69).

i) Tipos de "intelligentsia" en ascenso

Me inclino a establecer una diferencia entre los individuos que ascienden dentro de un grupo abierto y los que ascienden en una capa social compacta. Ambos movimientos van acompañados de experiencias peculiares que tienden a solidificarse en distintas actitudes sociales.

Los individuos que se elevan, por sí solos, hasta una capa

(69) En relación con las profesiones universitarias, ver F. V. Bezold, *Staat und Gesellschaft des Reformationszeitalters*, en *Kultur der Gegenwart*, ed. von Hinneberg, parte II, div. 15/1, "...la abrumadora mayoría de los universitarios y artistas provienen de las clases medias o de las familias campesinas; la nueva cultura fué de origen urbano, pero fué solamente en el siglo XVI cuando su carácter, fundamentalmente aristocrático, encontró una abierta expresión... en un grupo que llegó a ser extraño a los intereses del pueblo" (pág. 102).

social abierta y generalmente accesible, tienden a desarrollar una filosofía individualista y heroica del éxito (70). Su actitud es muy probable que sea activa y optimista. Los individuos de la burguesía liberal, por ejemplo, ocupan las posiciones que un capitalismo en expansión va haciendo aparecer. Su ascensión constituye el ejemplo más espectacular de la movilidad ascendente a escala de masas. El éxito fué alcanzado por el individuo emprendedor de modo muy parecido a como lo alcanzaron los condottieri, los mercaderes y los banqueros del Renacimiento italiano. El emprendedor podía afirmar de buena fe que cualquiera que poseyese energía y sagacidad conseguiría, al cabo, situarse bien. Todo el mundo debe su éxito a sí mismo, quizá a su buena suerte; no a la naturaleza particular de las circunstancias. Realmente, ¿cómo puede nadie compartir la fama de su éxito con una sociedad particularmente estructurada, si no puede compararla con otra? El individuo, por tanto, se inclina, muy naturalmente, a hipostatizar la historia de su vida y a considerarla como las condiciones cósmicas de la existencia. Generaliza por el hecho de que ha encontrado favorables a sus ambiciones las circunstancias que conoce. Adopta una actitud caritativa hacia la clase desde donde se ha elevado y mantiene una filosofía de ayúdate-a-ti-mismo en relación con la sociedad en general. Los movimientos dentro de un rango compacto y monolítico, con un *esprit de corps* establecido, producen una actitud diferente. Los individuos que ascienden rápidamente dentro de un grupo semejante se inclinan a adquirir una identificación nueva, a adoptar las convenciones de aquel grupo y a aceptar la jerarquía social a través de la cual han ascendido (71). El ascenso de los universitarios en el estado burocrático, ocasionado por la necesidad creciente de funcionarios del gobierno,

(70) Véase Robert Merton, "Social Structure and Anomie", *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, Illinois, 1949, pág. 131.

(71) E. Lederer, "Die Klassenschichtung, ihr soziologischer Ort und ihre Wandlungen", *Archiv für Sozialwissenschaft*, vol. 65, 1931, págs. 539 y ss.

en especial de juristas, es un ejemplo de ello. El rápido ascenso de los universitarios constituye una excepción en una sociedad rígidamente escalonada, en forma de castas, que ofrecía escaso margen para brillantes carreras, salvo en el caso del artesano que llegara a maestro de oficio o del vendedor ambulante que pudiese convertirse en mercader (72). Los universitarios recién ascendidos resultaron hábiles portavoces de la jerarquía feudal existente, en la que mantuvieron la pretensión de una nobleza especial: la *nobilitas literaria*, como equivalente a la *nobilitas generis*. Tal demanda fue esbozada por M. Stephani, un jurista de Greifswald, en su *Tractatus de Nobilitate*, en 1617. En las mesas de los hombres del pueblo, los *doctores* debían ser colocados como los nobles; en los juicios, su testimonio debía tener más fuerza que el del hombre común; si, por ejemplo, un doctor y un hombre del pueblo estaban los dos bajo sospecha de asesinato, la felonía debía ser atribuida al último, etc. El efecto de estas pretensiones, pagadas por una voluminosa literatura sobre la *nobilitas literaria* (73), fue verdaderamente una escala ascendente para los intelectuales.

Una segunda consecuencia de los movimientos de elevación de este tipo es la disociación radical con respecto a la capa social de los padres. Otra vez, los ministeriales proporcionan una buena ilustración. Su producción intelectual, durante el último período del 'minnesong', es el resultado de su asimilación deliberada de la cultura cortesana. Otro síntoma de este desprendimiento del pasado es la tendencia hacia convenciones cada vez más alambicadas. Dicha tendencia señala, por lo general, el punto de saturación social. Un grupo ascendente empieza a ritualizar el *status* que ha conseguido cuando ha alcanzado el ápice y ha agotado sus posibilidades. En su fase ascendente, los ministeriales alcanzaron su *status* por medio

(72) Véase Truntz, "Der deutsche Späthumanismus um 1600 als Standeskultur", *Zeitschrift für Geschichte der Erziehung und des Unterrichts*, 1931.

(73) Para más detalles, véase Truntz, ob. cit., pág. 48.

de sus servicios, en particular, por el de la caballería. En casi toda la Edad Media, la calificación para el servicio montado se centró sobre el nacimiento noble. La escada ecuestre era un símbolo de distinción, incluso entre las manos de los reyes (74). Pero en su período de estabilización, la nobleza ministerial se convierte en un rango convencional y hace del nacimiento, más que del servicio, el sello de su nobleza.

ii) *Tipos de "intelligentisia" formada por personas desplazadas y detenidas*

Nos dedicaremos ahora a aquellas clases, y particularmente a aquellos intelectuales cuyas aspiraciones sociales son contrariadas. Refiriéndose a ellos, E. Lederer habla de las tendencias hacia el aislamiento y a la glorificación de sí mismos. Una capa social que es derribada bruscamente de su posición original no imita a las clases superiores, sino que adopta una actitud de desafío y desarrolla modelos opuestos de pensamiento y de conducta (75). La situación, por sí sola, hace posibles esas actitudes; hasta qué punto se agudicen, ya depende de factores secundarios, como, por ejemplo, la capacidad para articular y desarrollar una ideología contraria. Donde no se dan las condiciones para que cristalice una oposición articulada, el resentimiento es secreto y su expresión se limita al individuo o a su grupo primario inmediato. Semejante animosidad sumergida resulta fútil y socialmente improductiva. Pero, donde las circunstancias proporcionan una

(74) Karl Weinhold, *Die deutschen Frauen in Mittelalter*, volumen I, pág. 232, 3.^a ed., 1897.

(75) "El efecto de la movilidad detenida sobre el mundo interno del individuo puede ser observado en muchas situaciones, en diversidad de gentes. Los trabajadores frustrados que encuentran oportunidades de poco valor reducen con frecuencia su rendimiento... Otros pueden adoptar una actitud más positiva, ingresar en un sindicato y convertirse en dirigentes sindicales que utilizan la jerarquía sindical para satisfacer sus aspiraciones." (W. Lloyd Warner, *American Life: Dream and Reality*, Chicago, 1953, pág. 119.)

oportunidad para la expresión colectiva del descontento, el resentimiento se convierte en un estímulo constructivo y crea un clima de crítica social que es necesario siempre, a la larga, en una sociedad dinámica.

Ésta es la situación que anticipa la conciencia social de sí mismo y favorece la aparición de una "intelligentsia". Verdaderamente, dicha capa social puede surgir también de un estado de saciedad, como sucede a menudo con la segunda generación de una capa social establecida desde hace poco tiempo. R. Hamann ha intentado descubrir las huellas de la cultura de principios del Renacimiento en el papel desempeñado por una segunda generación (76). Cósimo de Médicis, por ejemplo, fué el hombre de negocios que encontró su verdadero ambiente en el Banco, conscientemente a los asuntos de Estado y que creía firmemente en que sus intereses y los de su país eran inseparables. Vivió sencilla y austeramente... mientras que Lorenzo el Magnífico descuidó los negocios, llevó a su Estado privado al borde de la bancarrota e hizo de los placeres físicos y espirituales la guía de sus principios" (77). La riqueza heredada, sin embargo, no es el origen más corriente de las inquietudes culturales; son motivadas, con mucha más frecuencia, por el freno para un ascenso personal. Una situación muy típica es la de las capas marginales de las clases superiores, como subraya Lederer y como ha mostrado el ejemplo de los 'minnesingers'. Estos individuos contrariados tienden a abandonar la concepción complaciente de sus iguales y se convierten en críticos organizados de su sociedad.

Las clases inferiores discrepantes gravitan en la misma dirección. En la primera fase de su consciente autoafirmación, las clases inferiores reaccionan frente a las con-

(76) R. Hamann, *Die Frührenaissance der italienischen Malerei*. Die Kunst in Bildern, Jena 1909, pág. 23 y ss. A. V. Martin, *Die Soziologie der Renaissance*, Stuttgart, 1932, trad. española del *Fondo de Cultura*, Méjico), y "Kultursociologie der Renaissance", en *Handwörterbuch der Soziologie*, ed. A. Vierkandt, 1931.

(77) Hamann, ob. cit., pág. 3.

venciones de las clases superiores, adoptando costumbres propias y creando una utopía que plantea, a la vez, una variante recíproca del orden existente y una crítica de las ideologías de este orden. Sólo después de un largo período de consolidación el impulso de discrepancia fructifica en una crítica racional de la sociedad y en una oposición realista (78). Tales utopías y variantes recíprocas son creaciones de los individuos y no de las masas rebeldes e inorgánicas, aunque los intelectuales contrariados puedan llegar a ser sus aliados y portavoces. Es la articulación del descontento y los símbolos de oposición deliberados de estos intelectuales lo que cristaliza el *consensus* y la acción de las masas. Los que originan una conciencia de clase raramente pertenecen a la clase cuya conciencia despiertan. Es esta participación delegada en la situación de clase la que da al intelectual una segunda raíz en la sociedad. Puede precipitar la respuesta de las masas con sólo sumergirse en la situación de éstas y trascender así su propia orientación colectiva por medio de extensos contactos con una clase a la que no pertenece. En efecto, tiene que dejarse orientar para poder dirigir.

Los miembros desposeídos de una clase superior representan un tipo diferente de desarrollo. Son, en su mayoría productos del desplazamiento causado por invasiones procedentes de abajo. Algunas veces, el desplazamiento parcial de una clase superior es el resultado de su incapacidad para soportar el peso económico de las convenciones prescritas de su clase. La imposibilidad de amoldarse a los usos costosos obstaculiza con frecuencia el camino de ascenso social de tipo acostumbrado. Muy típica, por ejemplo, es la perplejidad de los hijos de una clase superior que son incapaces de financiar el período de larga espera que normalmente conduce a posiciones privilegiadas. Estas situaciones hacen aparecer un tipo diferente de "intelli-

(78) Para una discusión sobre el tema, véase el cap. "The Utopian Mentality", en mi *Ideology and Utopia*, London and New York, 1936.

gentisia". (No hay necesidad de decir que estamos tratando, como hace la sociología en general, probabilidades típicas y no la historia de vidas fijas y determinadas de individuos.)

Dibujemos ahora el esquema del proceso típico que se abre ante una *intelligentisia* que se desarrolla en este caso.

Primera fase.—La incapacidad pecuniaria, que hemos mencionado antes, para sostener los hábitos convencionales es una fuente típica de frustración. Generalmente, damos por supuestas nuestras costumbres y expectativas establecidas, sin pensar en sus especiales requisitos económicos, mientras están aseguradas. Llegamos a ser conscientes de nuestros hábitos y posibilidades cuando un cambio económico nos fuerza a modificarlos y a adaptarlos a una situación nueva. Las mujeres, por ejemplo, que están acostumbradas a una existencia protegida, desarrollan, por lo general, una gran sensibilidad y una capacidad particular para la simpatía, que deben descartar cuando, repentinamente, una mala situación económica las obliga a enfrentarse con la dureza de una lucha más aguda. La inmediata reacción ante dicho cambio suele ser una vaga sensación de incomodidad. Pero, cuando continúa la discrepancia entre la situación modificada, por una parte, y una disposición adquirida que ha perdido ya su función anterior, por otra, sobreviene una reflexividad que lleva a hacer inventario. El resultado dependerá de si el proceso tiene lugar en personas desarraigadas o en aquellas cuya ascensión fué detenida a medio camino. La reflexividad de los individuos que llegan a intelectualizarse en el proceso de desarraigo constituye la *segunda fase* y toma el curso siguiente.

La experiencia del cambio se asocia con una identificación continuada con la situación precedente. Cuando esta experiencia llega a generalizarse, estamos en presencia de la filosofía de "todo tiempo pasado fué mejor": la ideología del tradicionalismo. Los individuos que no han adquirido la capacidad de articulación, idealizarán espontáneamente el pasado como el centro de sus sueños

nostálgicos. Los intelectuales, en la misma situación, adoptarán la imagen corriente de su tiempo y, de acuerdo con ella, elaborarán una mitología de la edad arcaica o una filosofía de la historia que glorifique a la Edad Media, como una teoría del cambio lento, orgánico; éstas son las ideologías que la "*intelligentisia*" romántica de Alemania abrazó como respuesta parcial al peligro revolucionario que corrió la nobleza territorial. Las formas conceptuales varían de un caso a otro, pero la tendencia hacia la interpretación tradicional o romántica del cambio vuelve a aparecer dondequiera que una "*intelligentisia*" se forma de los elementos desarraigados de una clase.

La *tercera fase* completa el proceso y finaliza con la repulsa de la situación alterada. Esta es, con frecuencia, la culminación de un cambio precipitado que no permite una readaptación gradual y que, irrefutablemente, corta la añoranza por mejores tiempos. Ahora, la actitud tradicional llega a ser colectiva y de reacción contra el orden social modificado o sus defensores. Como todo movimiento posee un núcleo y una periferia, el núcleo de esta reacción está constituido por personas que no pueden reconciliarse con las circunstancias existentes. Se pueden distinguir entre ellos tres tipos distintos:

- 1.º Miembros de una generación más vieja cuya posición no permite ningún reajuste;
 - 2.º Miembros de vocaciones en decadencia, y
 - 3.º Antiguos percibidores de ingresos independientes a los que su anterior situación impide comprender el cambio.
- La *incapacidad* para aceptar los hechos nuevos crea su propia ideología, como ocurre en la mayoría de las situaciones sociales, y se convierte en seguida en una *aversión* concertada. Esas son las fuentes de donde la reacción deriva el núcleo de sus tropas. La intransigencia y la determinación de tales capas residuales puede, a veces, arrastrar a las masas fluctuantes.

La *cuarta fase* es alcanzada por personas que poseen un trasfondo similar, pero que pertenecen a una generación posterior, y son capaces de reconciliarse con el modificado

estado de cosas. Por lo general, una reacción no sobrepasa los límites de una generación, y su desintegración empieza por los individuos que no han perdido su libertad de elección. El desprendimiento de su propia capa social suele ir acompañado de los síntomas típicos de la disociación: la crítica interna y el escepticismo hacia los antiguos exponentes de su grupo. Esos individuos atraviesan dos etapas de duda. En primer lugar, desconfían del credo y de las promesas de los revolucionarios, pero, finalmente, pierden también la fe en sus propios ideales prerrevolucionarios. Éste es el estado escéptico de una ideología reaccionaria y señala la génesis social del escepticismo.

DIGRESIÓN ACERCA DE LAS RAÍCES SOCIALES DEL ESCEPTICISMO

Pareto y sus seguidores nos ofrecen un ejemplo moderno del escepticismo, que presenta algunas de las características de la doble desilusión que acabamos de describir. Pareto, descendiente de patricios genoveses, ingeniero, en alguna ocasión director de industrias, más tarde profesor, mantuvo la actitud sobria y nada sentimental que es característica de los miembros políticamente activos de su clase, hacia las ideologías, en general, y hacia la democracia, el liberalismo y el socialismo, en particular. Pero Pareto no se mantuvo encerrado en el credo de su propia clase. Vió en la historia un desarrollo más o menos estacionario en el que las minorías van desplazándose unas a otras y en el que las masas son, periódicamente, puestas en movimiento de acuerdo con ciertas leyes psicológicas. La esencia de la historia es la lucha de las minorías.

Es imposible encontrar una fórmula única para los diversos tipos del escepticismo. Ciertamente, no todos esos tipos tienen raíces sociales. Algunas de sus variaciones están basadas en la experiencia puramente individual, que no forma ninguna clase de grupos, y otras pueden ser atribuidas a predisposición temperamental. Pero, cualquiera que sea su origen, el escepticismo se convierte en una res-

puesta genuina y coherente cuando es mantenida por consuetudines sociales típicas. El estudio de éstas es de gran importancia, porque constituyen, invariabilmente, los hitos del cambio social.

Hablando en general, *el escepticismo aparece cuando se eclipsa una concepción del mundo centrada en un grupo*. En la medida en que una *Weltanschauung* depende de la seguridad de los que la mantienen, el individuo empieza a dudar del credo establecido por su grupo cuando su firmeza empieza a vacilar o cuando su cohesión comienza a decaer. Las observaciones contemporáneas coinciden, a este respecto, con las lecciones de la historia. Heberle, un estudioso de la movilidad social en América, observa: "Aunque el derecho sufra desgarrones y las costumbres puedan ser violadas dentro de una sociedad estable, nadie pone en duda su validez; sólo una sociedad móvil engendra dudas y críticas" (79).

Volveremos, una vez más, a los *minnesingers* para ejemplarizar un sencillo tipo de escepticismo en una sociedad en decadencia. Fué con la alarmante "Zwivel", la duda de los siglos XII y XIII, con la que tuvo que entenderse las *Wolfram von Eschenbach*. Mientras que *Wolfram*, más firmemente vinculado, intentó superar y vencer sus dudas, el urbanizado *Gottfried von Strassburg* ridiculizó abiertamente a los asuntos eclesiásticos. Resolver la perplejidad que surge ante una fe languideciente por medio de una evasión hacia la tradición o encogiéndose de hombres con cínica ironía, es el problema que ha de decidir una "intelligentsia" en situación de decadencia social. Cuando comparamos la primera fase de los 'minnesong' que corresponde a la superior nobleza territorial, con el último período, que floreció bajo los auspicios de individuos errantes y marginales, comprobamos que el proceso de desarraigo, que deja a los intelectuales a la deriva, pasó

(79) R. Heberle, *Über die Mobilität der Bevölkerung in den Vereinigten Staaten*. Jena, 1929.

entonces por las mismas etapas por las que pasa hoy en día.

El lector puede preguntarse si no confundimos innecesariamente las dudas religiosas con la confianza quebrantada en un sistema social. El nivel de pensamiento en que la duda se experimenta y el objeto concreto de esa duda, dependen del edificio conceptual que una sociedad construya alrededor de sus costumbres. El escepticismo no puede adoptar la forma de una crítica sociológica en una cultura que no es socialmente reflexiva. La duda del individuo desarraigado se configura en su interpretación ordinaria del sistema agrietado: el poeta religioso se convierte en un agnóstico, el patriota políticamente consciente en un cosmopolita y el metafísico termina en relativista. De un interés sociológico especial es, sin embargo, el paso desde la simple incredulidad, que duda de uno u otro dogma, al escepticismo radical o, como yo lo llamaría el *escepticismo doble*. Este se presenta cuando la misma persona tropieza con dos horizontes diferentes y cuando credos opuestos le solicitan con la misma vehemencia. Semejante concepción doble de las cosas resulta con frecuencia de una coincidencia espacial de creencias consecutivas. Con esto quiero referirme a una situación en la que un grupo antiguo continúa defendiendo un viejo dogma, al mismo tiempo que un grupo ascendente propone un dogma nuevo. El individuo, que ha perdido su seguridad en cualquiera de los dos se encuentra en el fuego cruzado de la contienda. Entonces descubre el inquietante hecho de que las mismas cosas tienen apariencias diferentes. Esta perplejidad señala el origen de una *epistemología genuina*, que es más que la simple elaboración y justificación de una visión preconcebida. Pues la epistemología es la expresión de una fe vacilante no sólo en una verdad particular, sino en la verdad en sí y en la capacidad humana para conocerla.

No es, por tanto, casualidad que una epistemología genuina hiciera su aparición dos veces en la historia occidental. La primera vez aparece con Sócrates y los sofistas;

la segunda, con Descartes. ¿Qué otra cosa, si no, fueron los sofistas que intelectuales urbanos que experimentaron el impacto de dos modos de vida contradictorios: el más antiguo, feudal y mitológico, y el de los artesanos urbanos, con su curiosidad por la estructura y elaboración de las cosas? Algunos moralistas propenden a ver en el juego locuaz con soluciones alternativas de los Sofistas sólo una tontería cínica. Para un mundo en el que cada cosa solía tener un solo significado, debió ser una experiencia chocante, verdaderamente, el descubrir los criterios múltiples de la verdad. Sócrates mismo fué un sofista que jugó con ambigüedades y contradicciones antes de alcanzar soluciones concluyentes. Y lo mismo que los sofistas expresaron en conceptos el conflicto entre dos mundos, derivó Descartes su teoría del conocimiento del choque entre la ciencia moderna y el escolasticismo en decadencia, cuya metodología no pudo abandonar por completo. Pero el escepticismo que Descartes generalizó en una epistemología se convirtió en un impulso de la investigación moderna.

Así como la epistemología nació de una situación crepuscular de escepticismo radical, la psicología surgió de un pluralismo ético. La psicología llega a ser posible cuando el enfoque de la atención se desvía de las normas éticas de la conducta para fijarse sobre el individuo real. Pero el individuo sigue siendo sólo una construcción de los universalistas hasta que se le percibe en una situación que permite decisiones individuales y evasiones. En cuanto las alternativas del hombre sobrepasan la polaridad del pecado y de la salvación, la conducta puede llegar a ser el objeto de una tipología para la que los universalistas no tenían ni siquiera una nomenclatura. Es la desorientación ética y el escepticismo derivado de Montaigne lo que posibilita el nacimiento de una curiosidad sin paralelo hacia la diversidad empírica de las respuestas humanas a situaciones determinadas. El modo irónico con que Montaigne trata, en un mismo plano, de los incidentes triviales y de los importantes acontecimientos históricos, deja entrever una desatención iconoclasta para las diferencias de rango

en los asuntos humanos y anuncia la futura curiosidad del científico hacia la *omnia ubique*. Montaigne, como los sofistas, se deleitó jugando con las apariencias, como Rabalais disfrutó riendo con la risa del tunante. Lo que conmovió a Montaigne fué la mutabilidad del hombre y de sus circunstancias. "Los sentimientos de lo bueno y lo malo dependen de la opinión que nos formamos de ellos. Pero las diferencias de opiniones demuestran claramente que vienen sólo condicionalmente a nosotros" (80). El agente de esa condicionalidad en que pensaba Montaigne no era otro que la variable psique humana.

El escepticismo entra en su *quinta fase* cuando sobrepasa el estado de desorientación y llega a lo que yo propongo llamar una segunda fe. Como es natural, no todos los individuos de una "intelligentia" reaccionaría alcanzan esta fase. Unos pocos son favorecidos por circunstancias sociales que les permiten continuar en el escepticismo como estilo permanente de vida, como le fué posible hacer a Montaigne. Pero, más pronto o más tarde, la mayoría de los intelectuales desplazados buscan un camino para salir del estado de incertidumbre y volver a una fe afirmativa y categórica. Pero un credo conseguido de esa forma carece de la sencillez virginal y sin artificio de las creencias con las que las clases en ascenso se afirman a sí mismas. La segunda fe señala la congregación de los individuos desarraigados que no pueden soportar el aislamiento y se ven forzados a encontrar una nueva afiliación en una capa social incommovible.

Uno de los discípulos de Pareto, el agnóstico radical de Lausanne, fué Mussolini, el intelectual emigrado y escéptico, que había penetrado en la mecánica de la Historia y no había encontrado en ella nada en qué creer. Tales intelectuales no depositan su confianza en las esperanzas apocalípticas de una primitiva capa social que se enfrenta con su extinción. Por fútiles que estas esperanzas puedan

ser, surgen incontinentemente de un impulso común de desaliento, mientras que la segunda fe de los intelectuales lleva los rasgos de una mitología imaginada. Esto es así particularmente cuando los mitos históricos son ideados en una época de historiografía positivista y crítica. Se olvida con frecuencia que la fe que devuelve la seguridad surge de un grupo que confía en sí mismo o de un orden social naciente y no de un convenio deliberado de individuos vacilantes (81).

Lo mismo que hemos intentado localizar la génesis social del escepticismo, debemos ahora preguntarnos cuál es la localización de las creencias afirmativas. Aquí, de nuevo, se debía recordar que, aunque la predisposición hacia las creencias categóricas puede ser adquirida individualmente, son las constelaciones peculiares las que atraen a los individuos así predispuestos y las que ofrecen estímulos continuos para la formación con convicciones apodícticas.

a) La situación primaria que estimula actitudes apodícticas es la del portavoz de un grupo homogéneo. Hablamos, con más frecuencia de lo que creemos, en nombre de determinados grupos, en vez de en nuestro propio nombre. Lo hacemos así, la mayor parte de las veces, sin un mandato explícito y sin saber en nombre de quién hablamos. Por la misma razón, un conflicto que afecte uniformemente a la totalidad del grupo, da lugar a concepciones más perfiladas y firmes que las alternativas que lo dividen.

b) El *segundo* componente de una posición afirmativa reside en la bipolaridad de una situación social. Un grupo que intenta afirmarse a sí mismo en pugna con un solo adversario desarrolla una concepción de sí mismo más perfilada que la de otro grupo intermedio, que hace frente a dos oposiciones, una por cada lado. La posición intermedia es típicamente más indecisa y menos articulada que

(80) *Montaigne's Gesammelte Schriften*, editado por Joachim Bode, München-Berlin, 1915, vol. II, pág. 144.

(81) Véase Ernst Bertam, *Nietzsche, Versuch einer Mythologie*, 1918, y E. H. Kantorowicz, *Friedrich der Zweite*, 1927.

la de cualquiera de los dos extremos de un conflicto bipolar. Para corroborarlo, sólo tenemos que pensar en el conocido dilema del liberal, entre el tradicionalista y el radical.

c) La tercera oportunidad para un punto de vista cate-górico es la del extraño intransigente y crítico, que no participa en ninguno de los problemas en presencia y, por tanto, no necesita llegar a compromisos ni moderar su opinión.

Las características de la "intelligentia" que se origina en el proceso de desarraigo se ven más claras cuando se comparan con las de los intelectuales cuya ascensión es reprimida. Los últimos suelen adoptar la utopía futurista de una clase en ascenso en lugar de los ideales románticos de una clase en repliegue. Cuando llegan a un callejón sin salida y entran en la fase del escepticismo, su desilu-sión no llega a ser radical ni completa y no alcanzan el punto del doble escepticismo. No renuncian por completo a su fe inicial en el "progreso"; los genuinos incrédulos con respecto al progreso suelen proceder de clases que se han desarrollado acostumbradas a cosechar éxitos en el pasado y dan éstos por supuestos. Los intelectuales en ascenso de la época reciente propenden hacia una orien-tación sociológica, principalmente, porque su éxito depende cada vez más de que se familiaricen con las condicio-nes complejas. Los "ascensores" de la sociedad contem-poránea, para utilizar el término de Sorokin, son muy dis-tintos de los sencillos conductos por medio de los cuales el Estado burocrático del siglo XVIII o la Iglesia me-dieval seleccionaba y adiestraba a sus funcionarios y dig-natarios. En cambio, los literatos de las clases superiores se inclinan a dar por supuesta su posición; como no han experimentado la necesidad de irse haciendo una carrera paso a paso, y no están familiarizados con los intrincados mecanismos que producen el éxito social medio, se entre-gan a concepciones sucintas e impetuosas. Así es como, en ocasiones, llegamos a atribuir una fase no analizada del proceso social a los monárquicos o a los republicanos, a

la fe o al agnosticismo y a los héroes o a los defectos hu-manos. Otra manifestación de tal alejamiento es la reti-rada a sus torres de marfil, un escape ocasional de las per-sonas que no esperan dominar sus circunstancias. Esta tendencia conserva reminiscencias del mago que se ocupa "mentalmente" de cosas que están por encima de la com-probación externa.

Sin embargo, los individuos de las clases superiores que por sus funciones de administración se mantienen en con-tacto diario con el funcionamiento de una sociedad com-pleja, poseen una sobria estimación de las fuerzas sociales. El dirigente de la organización industrial, política o mili-tar está en condiciones de adquirir el hábito de examinar el desarrollo de las cosas en sus correlaciones múltiples. Su tendencia suele ser pragmática y, aunque es probable que se interese más bien por el aspecto inmediato de los acon-tecimientos, su situación le hace sensible para las correla-ciones más complejas.

Hemos visto que el desarrollo de una "intelligentia" y de su tipo de ideación dependen de las circunstancias en las que aquella llega a ser reflexiva y articulada. Ya constituya un grupo desplazado o ascendente, ya una capa social bloqueada en su ascenso, tiende a cristalizar las convenciones dominantes de su sociedad. Su naturaleza varía de una cultura a otra, y depende de los conductos a través de los cuales la "intelligentia" llega a asumir las funciones claves de la sociedad. Las variaciones pueden ir desde los virtuosos poéticos de los gimnasios de Grecia, pasando por los escribas de la India, Judea y el Islam, hasta las minorías caballerescas, burocrática y técnica del Occidente. En cuanto la "intelligentia" toma posesión de su puesto, establece las normas de la cultura intelectual para la minoría dominante y, a través de ella, para la sociedad en general. En este sentido, aceptamos la formu-lación sucinta de Lederer: "Cuando esta capa social está en la vanguardia de una clase ascendente, sus convencio-nes penetrarán aquellas clases y establecerán las normas para el grado socialmente deseable de cultura intelectual.

Cuando el proceso dinámico, la investigación científica llega a ser convencional, algunos de sus productos se transforman en tradición estática". Y añade: "La convención de la cultura intelectual no fija permanentemente las normas de una clase. La convención puede desaparecer con la ascensión de otra capa social cuyos intereses y estilo de vida no ofrecen ninguna posibilidad para su permanencia" (82).

D) EL ÁMBITO SOCIAL DE LOS INTELECTUALES

La última observación nos pone en contacto con el tema en que ahora entramos: la función que desempeña la persona intelectualmente educada en la sociedad en general. Aunque la mayor parte de la "intelligentsia" contemporánea constituye un conglomerado abierto y flexible, suele mantener, de cuando en cuando, relaciones simbióticas con una u otra clase, y con frecuencia forma agrupaciones especiales y propias. Ya nos hemos ocupado, anteriormente de algunos ejemplos de estas amalgamas. Ahora nos ocuparemos de lo que yo propongo llamar el ámbito social del intelectual. Distinguiremos los tres tipos siguientes: *el ámbito local, el institucional* u (organizado) y *el independiente*.

La localización del *ámbito local* se encuentra en las comunidades pequeñas y medias. La cultura de estas comunidades debe su facultad persuasiva y su permanencia a sus firmes raíces en las ocupaciones continuas y en la comprensión del contorno. Las generaciones más viejas desempeñan su papel en la supervivencia de estas tradiciones locales. Encontramos a los grupos que las sostienen generalmente ligados a cuerpos locales de gobierno independiente, y conservándose unidos por medio de la amistad, el patronazgo y las fiestas. A veces la minoría local puede llegar a convertirse en un centro de cultura regional

(82) E. Lederer, "Die Klassenschichtung, ihr soziologischer Ort und ihre Wandlungen", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1931, vol. LXV, págs. 579 y ss.

de mayores proporciones, un tema que el lector puede consultar en la obra de Nadler (83). Los productos inconsistentes de los contactos locales, como los de la cultura primitiva, germinan en los últimos pintores medievales y en los diversos estilos regionales tal y como se han desarrollado en las escuelas de Flenish, Colonia y Borgoña. Es muy natural que el clima intelectual de una ciudad o región dependa de las correlaciones entre la minoría local y las foráneas (84). Ha sido subrayado en diferentes ocasiones que el saber y la literatura de la Nüremberg patricia diferían sensiblemente de los de Augsburgo, donde dominaban los gremios. El humanismo de Nüremberg fué la cultura de los inmigrantes y, quizás, de la joven generación de patricios; la generación vieja se mantuvo alejada de los humanistas. Hombres de la talla de Hans, Sachs, Dürrero y Vischer fueron inmigrantes. En la democrática Augsburgo, en cambio, donde los gremios tenían asiento en el Consejo de la Ciudad desde 1368, el primer magistrado, y médicos, sacerdotes y monjes eran los adeptos del humanismo. Es interesante advertir que en Augsburgo los médicos cultos desempeñaron la función de poetas frustrados, y que fué allí donde la transición directa desde los maestros cantores a los humanistas fué llevada a cabo con facilidad. La inserción local de la cultura de Augsburgo posibilita la interpretación de su vida literaria, incluso los

(83) J. Nadler, ob. cit. Buenas observaciones acerca de la intelligentsia local pueden encontrarse en *La cultura del Renacimiento en Italia*, de J. Burkhart.

(84) Holzknecht señala el contraste entre la intelligentsia local y la móvil, en Grecia: "... con Ibycus, Simónides y Baquilides, los poetas dejan de ser poetas locales, al ponerse al servicio de un estado o de una deidad, y al ofrecerse a cualquiera que los necesite. Igualmente por primera vez, Simónides (principios del siglo V antes de J. C.) introdujo la costumbre de vender cantos de alabanza a cambio de dinero, una costumbre que fué aparentemente incorrecta para el gusto griego, y al mismo tiempo los poetas se convirtieron en los amigos y consejeros de los príncipes. Petrarca no ocupó una posición más importante entre los príncipes de la Italia medieval, que la que tuvo Simónides en Grecia...", K. J. Holknecht, *Literary Patronage in the Middle Ages*, pág. 7.

detalles estilísticos más delicados, a la luz de las filiaciones sociales de la ciudad.

Los hombres de letras de las *instituciones* son de tipo diferente. La cultura medieval cristiana deriva su carácter internacional, no de la sociedad medieval, sino de la organización ubicua de la Iglesia y de la entidad de su doctrina. Las catedrales no fueron similares en el mismo sentido en que las viviendas de las ciudades industriales se parecen unas a otras. En los centros industriales, son las necesidades y condiciones similares las que exigen soluciones análogas, y además las masas urbanas van perdiendo perceptiblemente, cada vez más, sus peculiaridades locales y nacionales, mientras que el estilo internacional de las catedrales se debió a la emigración de albañiles y arquitectos y al cuerpo organizado y ampliamente extendido de la Iglesia. Este cuerpo organizado y la doctrina única constituyen el ámbito social de los clérigos, y no su localización de residencia o su trasfondo social. El ámbito social del intelectual es el que generalmente le ofrece una guía para su ideación, y no su localización de residencia o su trasfondo social, aunque, en la Iglesia, los miembros últimamente llegados se afirmaron a sí mismos cada vez más y, finalmente, destruyeron la concepción unitaria del clero.

Los partidos políticos estables y bien atrincherados crean su propia "intelligentsia". Pero existen hoy en día un gran número de escritores con filiación política que no pertenecen a las organizaciones internas de los partidos. Su historia nos lleva otra vez a los clubs políticos del siglo XVIII en Londres (85). Se debería distinguir a estos partidistas de

(85) "Durante el reinado de la Reina Ana, el escritor sin recursos independientes se aliaba, casi necesariamente, con un partido político. Su pan no se cubría de manteca en la zona del no-partidismo. Sus subsistencias provenían más frecuentemente del aguiñado de los dirigentes liberales o conservadores, que de otras fuentes. Antes que fuera considerado digno del patronazgo, tenía que hacerse una reputación, produciendo alguna obra de mérito literario genuino, por la cual se le pagaba, generalmente, poco. Una vez que realizaba esta prueba, tenía que defender con fre-

los estrictos funcionarios políticos: las personas que están bajo la disciplina de las organizaciones políticas y que reciben un salario de ellas. Estos últimos se asemejan a la "intelligentsia" de tipo institucional de épocas anteriores. Los humanistas del pasado constituyen otro ejemplo de un grupo de hombres de letras con filiación: los que se desarrollan estrechamente vinculados a la clase feudal. Aunque nunca formaron una organización propia y compacta, comparable a la de la Iglesia, su dependencia social les colocaba en una posición semejante a la de una "intelligentsia" vinculada a una organización. La uniformidad de la enseñanza hacía posible, además, cierta homogeneidad interna entre los humanistas.

El intelectual *independiente* constituye la tercera categoría. Gran número de personas de nuestro tiempo, educadas intelectualmente, tienen, por lo menos, una relación pasadera con su situación en la vida. Pero existen muchas, también, cuya concepción es típicamente independiente. Pueden tener sus preferencias políticas, pero no se someten a ningún partido o definición. Pero esta independencia no es absoluta. Pensemos tan sólo en la mayoría de los periodistas que están sometidos a las restricciones evidentes, y a las intangibles, de la prensa. Y, sin embargo, sus preferencias y sus afiliaciones sociales no son fáciles de predecir, pues fluctúan a una velocidad que es característica de esta capa social sólo. La dependencia en que se encuentra el escritor con respecto a su empresario no impide que resulte afectado por las corrientes sociales, políticas o religiosas que se configuran fuera de la oficina de éste, fuera de su comunidad o de su país. El periodista, el escritor, el comentarista de radio y el universitario en sus horas libres, no restringen sus opiniones a los contactos inmediatos solamente. Las restricciones espaciales significan, comparativamente, poco para ellos, en razón, precisamente, del medio donde se desarrola su actividad profesional.

cuencia a su partido con la pluma, para asegurarse la asistencia que le permitiría el ocio suficiente para componer ulteriores obras maestras." (Robert Allen, ob. cit., pág. 230.)

Por tanto, no se puede entender adecuadamente la conducta de esta capa social teniendo sólo en cuenta su situación social, sus intereses de clase o su ámbito social. No basta tomar en consideración los movimientos sociales o las corrientes intelectuales en las que participan como individuos. Ni siquiera las formulaciones profesionales de estas personas ayudan materialmente a predecir sus respuestas sociales. El hecho de que se enfrenten continuamente con alternativas abiertas a su decisión, de que estén siempre en condiciones de orientar su espíritu por diversas vías, es por sí solo suficiente para quitar todo su valor a cualquier intento de análisis simplista de la función que desempeña esta capa social. En Alemania, la misma "intelligentia" que se hizo eco de las ideas de la Revolución francesa se convirtió en seguida en el portaestandarte del Romanticismo y la Restauración. Los intelectuales italianos que se alistaron a la política de izquierdas después de la primera guerra mundial ayudaron, poco después, a la formación del fascismo.

Una comprensión de esta capa social, que ha de ser diferente del análisis que bastaría para una clase claramente perfilada, exigirá que consideremos la extensa complejidad de factores que influyen sobre la situación de los intelectuales. Entre ellos, los más importantes son: el trasfondo social del individuo; la fase particular que atraviesa la curva de su carrera: si está en su máximo, a un nivel determinado o en su mínimo; si su ascenso es individual o como miembro de un grupo; si se ve entorpecido en su ascenso o desplazado de su situación inicial; la fase del movimiento social en que participa: inicial, media o final; la posición de su generación con respecto a otras generaciones; su ámbito social; y, finalmente, el tipo de agrupación en la que desempeña su cometido. Si el determinismo completo es impracticable en cualquier área de la sociología, lo es mucho más cuando pretendemos abordar el estudio de un grupo de individuos cuya característica principal es la de ir a la deriva y puede, por tanto, participar, por delegación en una gran diversidad de movimientos sociales. Sin em-

bargo, aunque no podamos predecir la conducta efectiva de los intelectuales, estamos en condiciones de comprender por qué una determinada corriente de pensamiento surge en una situación determinada también; cuál será su probable desarrollo futuro en circunstancias configuradas de antemano y cómo se puede esperar que decidan los individuos de características sociales conocidas cuando se enfrenten con alternativas dadas. En resumen: no es completamente fútil intentar un pronóstico si nos apoyamos en una situación bien delimitada.

7. LA HISTORIA NATURAL DEL INTELECTUAL

El análisis precedente ha tenido poco en cuenta las características del intelectual en sí. Nos referimos particularmente a su alejamiento y propensión a retirarse de las preocupaciones prácticas de la sociedad. Debemos ir a descubrir esta psicología, con su activo y su pasivo, en la posición que el intelectual ocupa en la división del trabajo. Con frecuencia, se ha acusado al intelectual de estar alejado de la vida. Aunque esto es bastante cierto, debemos recordar que una compleja división del trabajo crea un estado general de alejamiento del que difícilmente nadie puede escapar. En una sociedad altamente diferenciada, el esquema múltiple de las cosas se oscurece, cada vez más, para la mayoría de los individuos. Esto es aplicable lo mismo al hombre que maneja un martillo neumático que al funcionario o al granjero. El horizonte del gobernante o del diplomático puede incluir una parte mayor del conjunto social, pero ellos también pierden el contacto con las masas y ven, también, sólo fragmentos de una totalidad. El problema, por tanto, no consiste en saber qué profesiones permiten una visión completa de la realidad, sino en saber qué segmentos de la sociedad son perceptibles desde determinadas posiciones vitales. A este respecto, el intelectual tiene cierta ventaja. No sólo porque el alcance de su visión es potencialmente mayor, sino porque su mismo alejamiento le ayuda a eludir las

limitaciones ópticas que llevan en sí las profesiones y los intereses particulares. El intelectual no corre el riesgo del hombre práctico que propende a concebir el mundo en la imagen de su vocación o de sus contactos sociales particulares. Las preocupaciones del intelectual le hacen más sensible para descubrir a tiempo las estereotipias que confunden, en vez de aclarar, los problemas existentes, y puede retirarse de los compromisos que podrían colocarle una venda sobre los ojos.

Pero, por otro lado, no puede existir ninguna duda sobre los aspectos morbosos de un estado permanente de desvinculación. La persona que tiene que enfrentarse con las consecuencias de sus acciones cotidianas no tiene más remedio que adquirir hábitos y pragmáticas y una visión crítica dentro del radio de acción de su actividad vocacional. El intelectual carece de esos frenos. No encuentra ninguna restricción cuando se sumerge en la profunda perspectiva de las cosas o cuando se eleva a un nivel de abstracción en el que no hay que temer ninguna consecuencia. Las ideas que no pueden brotar fácilmente se convierten en obsesiones y en fuentes de intoxicación solitaria. El pensador al que los acontecimientos no pueden refutar propende a olvidarse de la función principal del pensamiento: saber y prever con el fin de actuar. La ideación libre y sin trabas estimula, a veces, un delirio de grandeza, pues la mera habilidad de comunicar ideas acerca de problemas inquietantes se parece, seductoramente, a la capacidad para dominarlos. Por lo general, los conjuros privados de los individuos encerrados en su torre de marfil no ocasionan ninguna conmoción, pero, en las crisis, un éxtasis intelectual puede caer en terreno fértil. Las masas que se congregan buscando su seguridad siguen, a veces, al 'shaman' cuyos sermones sugieren la omnipotencia. Este es el punto en que la expectativa de una masa sin seguridad y el éxtasis solitario pueden ponerse en contacto.

La propensión del intelectual a perder el contacto con la realidad tiene algo que ver con su tendencia a perma-

necer en su estudio y a relacionarse sólo con los individuos de su género (86). Pero no es de poca importancia para ella la existencia segura y económicamente independiente que una gran parte de los hombres de letras solían llevar. Al activo y evidente que supone la existencia de una clase ociosa, hay que restar las tentaciones que supone esa ociosidad, y prácticamente todas las clases odiosas de intelectuales han de enfrentarse con el mismo dilema. No cabe duda que cierto tiempo libre es la base necesaria de la preparación cultural y la condición previa para poder atender a materias que no se relacionan en general con la satisfacción de las necesidades diarias. Pero la existencia de clase ociosa constituye en mí misma una fuente de alejamiento de la realidad, porque oculta los conflictos y tensiones de la vida y favorece la percepción sublimada y subjetiva de las cosas. Sigue siendo un problema para nuestra cultura cómo proporcionar a la "intelligentsia" el ocio indispensable sin que subsista el peligro del alejamiento de la realidad y la tentación de evadirse al reino de la ilusión.

Otra característica de la persona intelectualmente educada consiste en su saber literario. En sí mismo, este saber es también el origen del alejamiento y de un error específico al que ya se ha hecho alusión. Hemos pretendido mostrar de qué manera la impresión de una evolución immanente de las ideas nace del hecho de que el estudioso se encuentra con ellas en la biblioteca y no en su ensamble real. Al mismo tiempo que los libros ofrecen al estudioso situaciones a las que no tiene un acceso directo, crean en él un falso sentido de participación: la ilusión de haber compartido la vida de las gentes sin conocer sus penas ni sus fatigas.

Una tercera tentación del intelectual es la de retirarse a su vida privada. No es él el único que se inclina a ello,

(86) El padre de Benjamín Disraeli representa un buen ejemplo de la variante inglesa de semejante existencia desvinculada. Véase André Maurois, *Disraeli*, colección "Crisol", Aguilar, Madrid.

pero sí el que lo hace de modo más radical. Esta inclinación característicamente moderna puede describirse como una tendencia a excluir determinados asuntos de la exposición pública. Park y Burgess se refieren al fenómeno y le caracterizan como una retirada o exclusión de la comunicación (87). La aldea permite poca vida privada. Geiger parece tener razón al mantener que la aldea contemporánea no reconoce aún un área claramente delimitada de intimidad o, por lo menos, no reconoce la polaridad entre los asuntos públicos y los íntimos con la extensión que tiene en la ciudad (88). Los asuntos domésticos están aún expuestos al juicio público, y la función que ejercen las comadres de aldea viene a ser como el derecho que la comunidad tiene sobre el individuo. La desaparición de esta intervención omnicomprendensiva de lo público en la ciudad puede achacarse a tres factores. La habitación urbana origina un aislamiento en proporción a su tamaño. No es desdeñable la desaparición de la organización comunal. Por último, la ciudad da lugar a muy pocos asuntos comunes que exijan la cooperación voluntaria de todos los individuos. La compleja división del trabajo, incluyendo la extensión de los servicios públicos, releva a las personas de muchas funciones cíviles que debían realizar en la aldea, con lo que la interdependencia de los moradores de la ciudad pierde su carácter directo y manifiesto. Los ciudadanos pueden, por tanto, retirarse a la intimidad de su vivienda y reservar ciertas cosas en ella, alejándolas del juicio público. Podemos apreciar el efecto de diferenciación que causa el aislamiento urbano, si consideramos el grado de semejanza que existe entre la gente de la vecindad rural, donde son inevitables los contactos continuos e ilimitados.

La vida privada moderna crea un aspecto del yo en el que el individuo es y quiere ser diferente de cualquier

(87) R. E. Park y E. W. Burgess, *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago 1928, págs. 228 y ss.

(88) T. Geiger, "Formen der Vereinsamung", *Köhner Vierteljahrshefte*, vol. X, núm. 3, 1919.

otro. Siendo en su origen una oportunidad de ciertas minorías, esta intimidad e individualización ha llegado a convertirse, no simplemente en un subproducto de la existencia urbana, sino en el orgullo y la ambición del hombre contemporáneo. Fué la separación del hogar urbano, de una parte, y de la fábrica y la oficina, de otra, lo que primero agudizó la división del reino público y del reino privado. Las normas del trabajo del funcionario público marcan otro hito de la agudización de esta distinción. Su conducta oficial durante las horas de trabajo está expuesta plenamente al público, mientras que, después de las horas de oficina, queda libre para retirarse a la intimidad. El intelectual, por otro lado, tiende a reclamar la intimidad para casi todo lo que hace y, cuando tiene éxito en esa pretensión, el proceso urbano de la individualización llega a su ápice.

La exclusión de contactos sociales involuntarios produce una tendencia hacia la *introversión*. Descubre una segunda dimensión nueva de experiencias que contrasta con la dimensión social y abierta. Este producto del aislamiento intelectual, por caprichoso que pueda ser al examinarlo, ha proporcionado el modelo para la utilización comparativamente moderna del tiempo libre. Si las preferencias en el empleo del tiempo libre han tomado una dirección característica hacia la "profundización" de la experiencia, ello se debe al paradigma establecido por los intelectuales urbanos. Si no fuera por su ejemplo, todas las preferencias en el empleo del tiempo libre hubieran tomado un curso "externo", puesto que la sociedad de masas propende a dedicar sus horas de asueto a actividades como deportes, competiciones, discusiones y certámenes públicos.

La introversión del intelecto es terreno fértil para que se desarrolle un cuarto rasgo: la *esquizotimia*. Su característica principal consiste en una tensión crítica entre la intimidad de la persona y su mundo exterior, que, en casos extremos, puede debilitar su capacidad para mantener contactos sociales normales. Dondequiera que ha aparecido

una capa social de letras como subraya Max Weber, ha mostrado una inclinación al éxtasis intelectual íntimo, que contrasta con el éxtasis comunal de los campesinos. Esto es aplicable a la actualidad. La filosofía del "existencialismo" contemporáneo es fundamentalmente un producto de ese proceso de retirada y 'extrañamiento' del reino público de la realidad. Algunos intelectuales se mantienen en este papel de alejamiento; otros sobrepasan esta etapa. Pero existen algunos que no superan el tirón hacia el aislamiento y, sin embargo, no pueden resistir éste. Éstos son los que se sumergen en las actividades políticas con una solicitud que sólo puede ser entendida a la luz de esa tensión que no han podido resolver.

Acabamos de ponernos en contacto con la historia de la vida del intelectual. Parece evidente que su carrera depende parcialmente de su reacción temperamental a la distancia social que su peculiar modo de vida le impone. Continuando esta corriente de pensamiento, podemos distinguir tres tipos de historia vital. El primero es el de la "intelligentsia" *vocacional*: las personas pertenecen a esta capa social en virtud de la dedicación de toda su vida. Francia y la Revolución francesa no se pueden concebir sin ellos. El segundo es el intelectual en su *tiempo libre*, cuya principal ocupación para poder vivir no tiene relación con sus preocupaciones ociosas, aunque las últimas puedan tener un carácter de compensación. Este tipo de "intelligentsia" cobra importancia con la decadencia de las clases independientes y ociosas, entre las que los hombres de letras del primer tipo solían reclutarse. Las culturas burocráticas, como las de China y Prusia, suelen ser moldeadas por sus intelectuales de este tipo. La burocratización actual de los empleos contribuye a esta tendencia proporcionando el seguro del paro y las pensiones de vejez para masas crecientes de trabajadores. El aumento total del tiempo de ocio crea un interés creciente por las inquietudes intelectuales de ambos tipos: creadoras y receptoras. (Una base de las diferencias entre la cultura francesa y la alemana es la preponderancia de los hombres

de letras en la primera y de los funcionarios en la segunda.)

El tercer tipo de preocupación intelectual es incidental en una *fase transitoria* de la vida. Los adolescentes o los adultos recientes, particularmente si son estudiantes, muy a menudo experimentan una preocupación por problemas que están muy alejados de los intereses de sus carreras, pero pierden esa inquietud cuando pasa el período de agitación y tensión juvenil y se fijan en una vocación. El movimiento juvenil alemán fué, en sí mismo, un episodio semejante. Los movimientos juveniles han servido con frecuencia como fermentos culturales, particularmente en Alemania (el Sturm und Drang" y el "Joven Alemania"), pero están muy lejos de ser manifestaciones universales. La repentina paralización de la preocupación juvenil por los principales problemas de su tiempo es, quizá, característica de las sociedades que interrumpen los contactos sociales de los adultos jóvenes en cuanto éstos empiezan sus carreras. Pero, pase o no el impulso, los adolescentes, como tales, presentan el ímpetu más poderoso hacia una agitación intelectual. Es una edad de incertidumbre y duda en la que los problemas de cada uno sobrepasan el alcance de las soluciones que se han heredado (89). Yo propongo llamar a este impulso de alcanzar más allá del radio de acción de cada uno y de su situación inmediata el *impulso trascendente*. Es fundamental para todo proceso intelectual.

El impulso se enciende por primera vez cuando el adolescente descubre la herencia cultural de su sociedad y sus polaridades ideológicas. La comprobación de que su medio inmediato no es "el" mundo en general y que existen varios modos de vida, le proporciona la primera experiencia y la primera incitación de trascender su contorno. Conforme va alejándose del grupo primario, el mundo va cambiando de aspecto. Cuando este impulso adoles-

(89) Véanse las excelentes observaciones de Kurt Lewin sobre el tema, en "Field Theory and Experiment in Social Psychology: Concepts and Methods", *American Journal of Sociology*, mayo 1939, págs. 874-884.

cente de comprender lo que hay más allá de su medio no es obstaculizado, marca el principio de un proceso de educación genuina. Pero cuando circunstancias adversas paralizan el impulso trascendente, el adolescente retrocede desde el punto que había conseguido alcanzar a partir de su contorno y cesa de poner en cuestión el horizonte dentro del cual se ha educado. El estudio de Lisbeth Franzen-Hellersberg sobre los primeros años de la historia de la vida de las jóvenes que trabajan, proporciona una descripción del proceso de madurez en una capa social que cuenta con escasos privilegios. El estudio demuestra perfectamente cómo la falta de ocio destruye los conductos usuales de la sublimación adolescente y, podemos añadir, bloquea el impulso de ir más allá de su situación primaria (90). Las experiencias conseguidas con estudiantes pensionados en los hogares de educación de adultos (*Volkshochschulheim*) demuestran que la influencia de una educación más vasta, aunque sea en la edad adulta, provoca una adolescencia tardía, con sus característicos síntomas de crisis. De repente, las personas adultas actúan como los jóvenes en la pubertad; pasan por la experiencia de la duda y la distancia recientemente conquistada con una tumultuosidad y vehemencia que son peculiares sólo de los adolescentes que pertenecen a clases acomodadas.

Los síntomas de la madurez son de una especial importancia para nosotros, pues este proceso aclara la génesis más universal de la sensibilidad intelectual. Las fases de este proceso nos permiten apreciar el tema resbaladizo de la actitud intelectual más adecuadamente que cualquier análisis histórico. La disociación con respecto a la propia situación previa y la búsqueda de un horizonte más amplio desde el contorno inicial son los impulsos principales, como hemos visto. El adolescente descubre las interpretaciones alternativas y los nuevos valores con un sentimiento de liberación. La afirmación de sí mismo y una

(90) Lisbeth Franzen-Hellersberg, *Die Jugendliche Arbeiterin Tübingen*, 1932. *Wayward Youth*, de A. Aichhorn, Londres, 1936, contiene un material valioso.

actitud desafiante acompañan a esta experiencia. La segunda fase toma la dirección opuesta: descubre la incertidumbre y la tendencia a la variación de los puntos de vista. Aunque las manifestaciones de esta segunda etapa son bastante uniformes, la resolución del problema de la incertidumbre varía según los casos. Algunos no pueden soportar este vivir en un constante estado de posibilidades múltiples y buscan a tientas una base de sostén firme. Esta base puede tomar diferentes formas, que corresponden a los diversos tipos del intelectual moderno. Uno de ellos es el que intenta establecer su identificación adoptando una solución radical, la mayoría de las veces de carácter político. El deseo insoportable de alejarse del hogar, del contorno primario, conduce con frecuencia a una postura de oposición: los que han sido educados en un hogar rigurosamente tradicional pueden llegar a inclinaciones revolucionarias, mientras que los que provienen de un ambiente liberal pueden escoger una actitud conservadora. El desarrollo, sin embargo, puede ser más complejo y, después de pasar por una fase de radicalismo de oposición, volver finalmente al punto de partida inicial, a la familia o a la Iglesia. Estas metamorfosis son típicamente intelectuales, pues son debidas a la duda y al impulso trascendente. El fanatismo intelectual no es producto de una herencia tácitamente aceptada, sino la expresión de la ansiedad para acabar con la fatiga que produce el estado de incertidumbre, mediante la adopción de un credo categórico.

Existe, sin embargo, otro tipo de solución. A algunos les es posible soportar el horizonte abierto, e incluso pueden gozar de él, de un estado de incertidumbre que no ha de llevar a ninguna certeza y de una expectativa permanente ante las alternativas que son inherentes a una cultura. Esta indecisión, también, puede ser de diferentes proporciones. En algunos constituye un episodio de juventud, mientras que otros la adoptan como un estilo de vida.

Sin pretender hacer un detallado análisis, indiquemos sucintamente los diversos caminos que suelen elegir los

intelectuales del último tipo, en su mayoría escépticos. Algunos desarrollan una concepción estética de la vida y se convierten en virtuosos de la endopatía, de la facultad de vivir los cometidos y los pensamientos de los otros. Son los conocedores, los especialistas en placeres refinados, los humanistas. Otros estabilizan el impulso para trascender y dudar, en una rutina que tiene por objeto soslayar todo lo fundamental. Se convierten en perennes irónicos y sarcásticos, en los acróbatas del *esprit* y en los críticos profesionales de la afectación y el filisteísmo (Heine, Börne y los intelectuales de la oposición de la década de 1830). En último lugar, citaremos a los que conservan el núcleo creador de su escepticismo. Como constantes buscadores de la verdad, denuncian la hipocresía y el engañarse a sí mismo. Su desilusión radical es como la levadura en el pan, aunque no proporcionen la masa para éste.

8. LA SITUACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA "INTELLIGENTIA"

Este estudio ha pretendido descubrir las raíces de esta capa social ambivalente y comprender no sólo su psicología, sino también su función social. También ha demostrado ser un método sociológico para abordar la historia del espíritu. Ejemplos concretos ilustraron el procedimiento que proponemos.

Al concluir, difícilmente se puede eludir el problema de cuál puede ser el posible papel que los intelectuales desempeñen en nuestra sociedad y qué suerte reservará el futuro al proceso intelectual tal y como lo conocemos. Prácticamente, las dos preguntas son idénticas. Aunque la decadencia de una "intelligentsia" relativamente libre no significa necesariamente el fin del pensar y de la investigación, el método comparativo y crítico, que es estimulado por la atmósfera de los puntos de vista múltiples, puede llegar a desaparecer. Por tanto, debemos examinar las posibilidades de supervivencia de los grupos en que ha radicado el libre proceso de la inteligencia. Es posible que este proceso libre, tal y como nosotros lo entendemos

sea efímero y esté limitado a unos pocos y breves intervalos históricos. Uno de ellos coincidiría con el período de los estados-ciudades libres de Grecia; otro, quizá pudiera localizarse en una corta fase de la historia de Roma, y la época que empieza en el Renacimiento—y no, claro está, en su totalidad—sería el tercero de esos intervalos.

Nos hemos acostumbrado a hacer equivalente este tipo particular de desarrollo intelectual con el espíritu, como tal. Pero, cuando consideramos los vastos períodos y espacios en los que prevaleció un pensamiento de tipo institucional—la Europa medieval es sólo un caso—, no tenemos más remedio que llegar a la conclusión de que el proceso intelectual que hemos descrito no es más que un aspecto del liberalismo, ampliamente entendido. La abdicación del liberalismo casi ha puesto fin a la era de la valorización crítica y uno tiene que ser ciego para no ver la disminución de la fuerza de sus protagonistas. No caigamos en la ilusión de creer que el pensamiento libre y la investigación científica tienen una historia larga e imprecionante. Ni que la producción intelectual de la era liberal fué abrumadoramente liberal. En un sentido amplio, el proceso intelectual fué el producto de una descomposición histórica. El liberalismo y la ideación libre son sólo episodios comparados con los períodos de cultura institucional. ¿Pueden ser algo más que una transición? Cierta grado de pensamiento crítico podía coexistir con la Iglesia cuando ésta atravesó su cénit. Las principales estructuras que la han sucedido: el Estado absoluto, la democracia de masas y, naturalmente, la Revolución soviética, no sólo gravitan hacia un colectivismo de uno u otro tipo y hacia los dogmas, sino que están mejor equipadas para controlar el pensamiento que lo estaba la Iglesia.

Nosotros, que posiblemente vivimos en el final de un período histórico, no podemos ignorar estos hechos si deseamos mantener nuestras posiciones.

La educación es una de las principales áreas donde el espíritu de investigación está en decadencia. La tendencia

burocrática de la educación es inevitable y sería una miopía resistirse a ella. La creciente especialización exige un ejército cada vez mayor de técnicos, y la organización en gran escala del gobierno, la empresa privada, los sindicatos y los partidos políticos hace necesarias las normas uniformes de adiestramiento. Nos hemos referido ya al sistema prusiano de títulos académicos y a su objetivo original de preparar a funcionarios de carrera que pudiesen reemplazar a los dignatarios de una administración semifeudal. Todo ello se condensa en el sencillo principio de que el reclutamiento racional de personal práctico para operaciones en gran escala exige una preparación y una selección sólidas. Pero es innecesaria la exagerada insistencia sobre el aspecto práctico del pensamiento y el celo con que las instituciones han llegado a adiestrar a los graduados académicos para que dominen las cuestiones prescritas por medio de interpretaciones prescritas también. La venta al detalle de paquetes 'standard' de conocimientos paraliza el estímulo de inquirir y de investigar. El conocimiento adquirido sin esfuerzo investigador se convierte rápidamente en algo caduco, y una administración civil o una profesión que dependa de un personal cuyo impulso crítico esté paralizado se convierte rápidamente en algo inerte e incapaz de seguir ajustándose a las circunstancias cambiantes. Sería posible entrenar y seleccionar a funcionarios que no perdieran su iniciativa y capacidad de innovación en cuanto tomaran segura posesión de sus empleos. Una administración civil que no prepare a su propia "intelligentsia" se derrota a sí misma a la larga (91).

Contemplamos la proliferación de este sistema de preparación para conseguir los títulos académicos exigidos, en los institutos tecnológicos, escuelas de administración de negocios y colegios de profesores. Los graduados en estos centros son absorbidos por el Estado. las profesio-

(91) Véase Karl Mannheim, *Die Gegenwartsaufgaben der Soziologie*. Tübingen, 1932.

nes en auge y la burocracia privada, que aumenta con rapidez (92). Ahora bien: no hay ningún mal en el incremento creciente de la industria, el comercio y los servicios médicos y públicos. A causa de ese incremento, cosas tan esenciales como el alimento, la vivienda, la atención sanitaria y el transporte han llegado a ser utilizadas más ampliamente y en forma más adecuada. Ni hay nada que lamentar en la educación de las masas que todo ello exige. Por otra parte, la influencia de las nuevas capas sociales en las profesiones y en la jerarquía de la administración puede dar lugar a un nuevo impulso y a un fructífero criticismo. Ambas cosas son poco deseables en una organización a gran escala que adquiere demasiado pronto un interés fijo por sus propias convenciones inertes. Las capas sociales tradicionalmente establecidas propenden a dar por supuesta la forma acostumbrada de las cosas; es el individuo que acaba de ascender el que está en favorables condiciones para desplegar una mirada fresca por el terreno recién conquistado. Pero estas ventajas que ocasionan nuevos injertos son potenciales y no automáticas. Las grandes organizaciones, bien adoctrinadas, suelen ser capaces de asimilar y adoctrinar al recién llegado y de paralizar sus deseos de discrepar e innovar. En este sentido, la organización a gran escala es un factor de esterilización intelectual (93).

La burocracia reduce el campo de la investigación libre en otro sentido. Los partidos políticos, las organizaciones industriales y los sindicatos han adoptado la práctica de mantener un estado mayor profesional de interpretación pública—*public relations experts*, como son llamados en los Estados Unidos—. Ellos libran las batallas en interés de sus empresarios colectivos para conquistar el favor de la opinión pública y ganan su pan como constructores de

(92) Véanse los acres comentarios de Abraham Flexner acerca de la estrecha concepción de las vocaciones en numerosas Universidades americanas, en *Universities*, New York, 1930, pág. 208.

(93) Véase R. Merton, "Social Structure and Anomie", ob. cit., págs. 170 y ss.

ideologías prefabricadas para la masa media, prensa, radio televisión y cine. Estos expertos suelen ser intelectuales preparados, equipados con los instrumentos de la investigación libre, que desempeñan su deber como técnicos del pensamiento dirigido, como especialistas en el arte de llegar a conclusiones fijas de antemano a partir de diferentes premisas. Estamos en presencia de una fuerte tendencia hacia un nuevo tipo de escolasticismo. El ala marxista del movimiento obrero alcanzó la etapa dogmática hace ya algún tiempo y estableció, la primera, un nuevo modelo de pensamiento en sistema compacto. Es cierto que las diversas ideologías no constituyen un cuerpo consolidado de doctrina y que su mutua competencia tiende a limitar la exclusiva influencia de cualquiera de ellas sobre la opinión pública. Pero el auge de las burocracias y su creciente centralización ocasionan un desplazamiento de la investigación libre al restringido terreno científico, que es ajeno a las diversas esferas técnicas.

El área de la investigación independiente, sin embargo, no es reducida solamente por las invasiones del pensamiento dirigido. La investigación libre está también perdiendo su base social con la decadencia de las clases medias independientes, es decir, las capas sociales donde un antiguo tipo de "intelligentsia" relativamente independiente solía reclutarse a sí misma, particularmente en Alemania. Ninguna otro capa social o planificación alternativa ha aparecido para asegurar la existencia continuada de críticas independientes y libres. Los extraños de la baja Edad Media, que mantuvieron vivo el impulso de la investigación libre, pudieron refugiarse en algunos de los mucho nichos y grietas que dejaba abiertos una sociedad de organización fluida. La existencia del extraño en una sociedad altamente institucional, como es la nuestra, es más precaria y más penosa de soportar.

Mucho de esto es inevitable e incluso deseable. Pero debemos ser conscientes de la tendencia si queremos contener con ella. Los deterministas sociólogos pueden dudar si los intelectuales, que ordinariamente reflejan la corriente de

moda, podrán influir sobre ella. Después de todo, ¿no es el intelectual simplemente una cresta de la ola? ¿Se puede esperar que la pluma del gallo pueda regir los vientos? El determinista extremado, que interpreta el punto de vista social como un interés sistemático de la conducta de las masas, pasa por alto el hecho de que toda etapa principal del cambio social consiste en una elección entre varias alternativas. La sociedad determina las alternativas, pero las minorías pueden desempeñar su función, eligiendo alguna de ellas. Que los intelectuales sean una de esas minorías depende parcialmente de ellos. Es cierto que, como grupo, no dominan el poder ni los recursos. Ni siquiera están organizados en el mismo partido, y los encontramos en grupos de presión contrarios y en los dos bandos de las clases en conflicto, pero suelen imprimir su sello en la interpretación pública de las cosas, y a veces han desempeñado su función en la elección de alternativas, cuando éstas existen.

¿Qué puede hacer el intelectual entonces? Ante todo, que haga balance de sus limitaciones y posibilidades. Su capa social no está por encima de los partidos políticos ni de los intereses particulares, pero ningún programa político ni promesa económica puede soldarla dentro de un grupo activo. El único interés que esta capa social tiene en común es el del proceso intelectual: el esfuerzo continuo para inventariar, para diagnosticar y pronosticar y para descubrir las posibilidades de elegir cuando éstas aparezcan, y para comprender y localizar los diversos puntos de vista, más bien que para asimilarlos o rechazarlos. Los intelectuales han intentado con frecuencia ser los campeones de ideologías especiales, con una entrega de sí mismos propia de personas que intentan alcanzar una identidad que no poseen. Han intentado fundirse en el movimiento de la clase trabajadora o llegar a ser los mosqueteros de la libertad de empresa, para descubrir tan sólo que habían perdido más, por ese medio, que lo que esperaban ganar. El aparente defecto de su falta de identidad social es una oportunidad única para el intelectual. Alístese a los partidos, pero con el punto de vista que le es peculiar y sin renunciar a la movi-

lidad e independencia que constituyen su patrimonio. Sus afiliaciones no deben convertirse en oportunidades de auto-renunciación, sino en ocasiones que contribuyan al análisis crítico. Las máquinas burocráticas son muy capaces de crear la mentalidad igualitaria y el conformismo que necesitan, pero para sobrevivir, a la larga, también necesitan utilizar el juicio crítico que las mentes subyugadas no producen. Las democracias, a veces, vacilan por falta de conformismo, mientras que las dictaduras suelen perecer, al fin, por falta de crítica independiente. Una sociedad libre no puede fallar a esos dos palos impunemente.

Una capa social no necesita convertirse en un partido ni en un grupo de presión para ser consciente y para cumplir su misión. Las mujeres y los jóvenes alcanzaron su posición en la sociedad reclamando sus derechos en el hogar individualmente, en pequeños grupos y en cualquiera de las situaciones en que se encontrasen. Un grupo como la "intelligentsia" abdica sólo cuando renuncia a la conciencia de sí mismo y a su capacidad para llevar a cabo su cometido en su propio estilo peculiar. No puede construirse una ideología propia de grupo. Debe seguir siendo el crítico de sí mismo y de todos los otros grupos. Después de todo, aunque el proceso intelectual es, en todas sus fases, el producto de situaciones concretas, recordemos también que ese producto es más que la situación.

TERCERA PARTE

LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA CULTURA ⁽¹⁾

(1) El título original de este ensayo, "Demokratisierung des Geistes", no puede ser traducido literalmente al inglés. Mientras que "cultura" tiene un significado más amplio que el de "Geist", el término "espíritu", que podía sustituir a "cultura", posee un significado demasiado restringido. El ensayo analiza el proceso histórico de la "democratización" tal y como se manifiesta, en transformaciones características, en diversas esferas culturales, especialmente en la filosofía, el arte y la religión. El proceso en sí es considerado, en el fondo, como un desarrollo social, y no como un desarrollo independiente que tuviera lugar en el reino del pensamiento o del espíritu. Por todo ello, la expresión: "democratización de la cultura" parece ser más apropiada para titular el trabajo que la expresión alternativa "democratización del espíritu"

El texto alemán ha sido traducido libremente, aclarando algunas cosas y omitiendo pasajes redundantes, pero reproduciendo fielmente el sentido que se propuso el autor. La omisión de redundancias o los pasajes no desarrollados por completo van marcados con puntos suspensivos. (*N. de la ed. inglesa.*)